

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Febrero 1959

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ Precio 60 frs. - N° 724-62

LA INSIGNIA



A todos los poetas del mundo, poetas con el signo épico y activo que aquí damos a la palabra y al oficio...
Y a los anarquistas,
a los anarquistas « angélicos y adámicos » que en esencia son estos mismos poetas...
Más sencillo :
A las milicias quijotescas del mundo.

L. F.

Alocución poemática escrita el 11 de febrero de 1937 a raíz de la caída de Málaga, y pronunciada por primera vez en el Coliseum, de Barcelona, el 28 de marzo de 1937, bajo los auspicios de la Comisión de Cultura y Propaganda de la C. N. T. - F. A. I.

I

¿Habéis hablado ya todos?
¿Habéis hablado ya todos los españoles?
Ha hablado el gran responsable revolucionario,
y los pequeños responsables;
ha hablado el alto comisario,
y los comisarios subalternos;
han hablado todos los partidos políticos,
han hablado los Gremios,
los Comités
y los Sindicatos;
han hablado los obreros y los campesinos;
han hablado los menestrales:
ha hablado el peluquero,
el mozo del café
y el limpiabotas,
y han hablado los eternos demagogos también.
Han hablado todos.
Creo que han hablado todos.
¿Falta alguno?
¿Hay alguien que no haya dicho su mensaje?
¿Hay algún español que no haya pronunciado su palabra?...
¿Nadie responde?
Entonces, faltar yo sólo.
Porque el poeta no ha hablado todavía.

¿Quién ha dicho que ya no hay poetas en el Mundo?
¿Quién ha dicho que ya no hay profetas?

Un día, los reyes y los pueblos,
para olvidar su destino fatal y dramático
y para poder suplantar el sacrificio con el cinismo y con la pirueta,
substituyeron al profeta por el bufón.
Pero el profeta no es más que la voz vernácula de un pueblo,
la voz legítima de su Historia,
el grito de la tierra primera que se levanta en el barullo del mercado,
[sobre el vocerío de los traficantes.

Nada de orgullos
ni jerarquías sagradas,
ni genealogías eclesiásticas.
La voz de los profetas —recordadla—,
es la que tiene más sabor de barro.

De barro,
del barro que ha hecho al árbol —al naranjo y al pino—,
del barro que ha formado
nuestro cuerpo también.

Yo no soy más que una voz —la tuya, la de todos—,
la más genuina,
la más general,
la más aborigen ahora,
la más antigua de esta tierra.
La voz de España que hoy se articula en mi garganta
como pudo articularse en otra cualquiera.
Mi voz, no es más
que la onda de la tierra,
de nuestra tierra,
que me coge a mi hoy como una antena propicia.
Escuchad,
escuchad, españoles revolucionarios,
escuchad de rodillas.
No os arrodilláis ante nadie.
Os arrodilláis ante vosotros mismos,
ante vuestra misma voz,
ante vuestra misma voz que casi habíais olvidado.
De rodillas. Escuchad.

Poeta, además...
(Empezad a aprender nuevas definiciones.
Los antiguos preceptores os habían engañado.
Los viejos preceptistas retóricos habían definido mal.)
Poeta es aquel hombre,
aquella substancia humana y nacional que, en un momento fervoroso
[de la Historia, tiene fuerza suficiente para levantarse ella y su
pueblo,
de lo doméstico a lo épico,
de lo contingente a lo esencial,
de lo euclidiano a lo místico,
de lo sórdido a lo limpiamente ético.
El genio del poeta no juega habilidosamente con las pequeñas



La insignia

[metáforas verbales, sino que su empuje le lleva a originar las grandes metáforas

sociales,
humanas,
históricas.

Y si el pueblo español ejecuta hoy este gran juego,
da este gran salto,
origina este trasbordo,
y produce la gran metáfora social,
es un poeta por sí mismo.

Un poeta épico gigantesco:

Recordad a nuestro padre D. Quijote.

D. Quijote es un poeta épico y activo.

Y en esto se diferencia de todos los poetas del Mundo.

En que escribía sus poemas no con la punta de la pluma, sino con
[la punta de la lanza.

Ya no se escriben poemas con la pluma.

Allí donde esté la imaginación ha de estar la voluntad en seguida.

Con la espada,

con la pistola,

con la ametralladora,

con la carne,

con la vida,

con el sacrificio,

con el heroísmo,

con la muerte.

Al otro lado,

más allá de la vida, y más allá de la Historia inmediata,

es donde queda escrito el poema del hombre.

El poema que ha ido haciendo él solo en estas bajas latitudes.

Espanoles,

espanoles revolucionarios,

espanoles de la España legítima,

de la que lleva en sus manos el mensaje genuino de la raza para

[colocarle humildemente en el cuadro armonioso de la Historia

[universal de mañana, y junto al esfuerzo generoso de todos los

[pueblos del Mundo...

Se va de lo doméstico a lo histórico,

y de lo histórico a lo épico,

Este ha sido siempre el orden que ha llevado la conducta del español

[en la Historia,

en el ágora

y hasta en sus transacciones,

que por esto se ha dicho siempre que el español no aprende nunca

[bien el oficio de mercader.

Pero ahora,

en esta Revolución,

el orden se ha invertido.

Habéis empezado por lo épico;

habéis pasado por lo histórico

y ahora, aquí,

en la retaguardia de Valencia,

en todas las retaguardias

y frente a todas las derrotas,

os habéis parado en la domesticidad.

Y aquí estáis anclados.

Aquí estáis anclados

custodiando la rapiña

para que no se la lleve vuestro hermano.

La curva histórica del aristócrata, desde su origen popular y heroico

[hasta su última degeneración actual, cubre en España más de

[tres siglos.

La del burgués, setenta años.

Y la vuestra, tres semanas.

¿Dónde está el hombre?

¿Dónde está el español?

Porque no he de ir a buscarle al otro lado.

El otro lado es la tierra maldita, la España maldita, aunque la haya

[bendecido el Papa.

Si el español está en algún sitio, ha de ser aquí.

Pero ¿dónde?... ¿dónde?...

Porque vosotros os habéis parado ya

y no hacéis más que enarbolar todos los días nuevas banderas con

[las camisas rotas y con los trapos sucios de la cocina.

Y si entrasen los fascistas en Valencia mañana, os encontrarían a

[todos haciendo guardia ante las cajas de caudales.

Esto no es derrotismo, como decís vosotros.

Yo sé que mi línea no se quiebra,

que no la quiebran los hombres,

y que tengo que llegar hasta Dios para darle cuenta de algo que

[puso en mis manos cuando nació la primera substancia

[española.

Esto es lógica inexorable.

Vencen y han vencido siempre en la Historia inmediata, el pueblo

[y el ejército que han tenido un punto de convergencia, aunque

[este punto sea tan endeble y tan absurdo como una medalla

[de aluminio bendecida por un cura sanguinario.

Es la insignia de los fascistas.

Una medalla ensangrentada de la Virgen.

Muy poca cosa.

Pero, ¿qué tenéis vosotros ahora que os una más?

Pueblo español revolucionario:

¡Estás solo!

¡Solo!

• Sin un hombre y sin un símbolo.

Sin un emblema místico donde se condense el sacrificio y la

[disciplina.

Sin un emblema donde se hagan bloque macizo y único todos tus

[esfuerzos y todos tus sueños de redención.

• Tus insignias,

tus insignias plurales y enemigas a veces, se las compras en el

[mercado caprichosamente al primer chamarilero

de la Plaza de Castelar,

de la Puerta del Sol

o de las Ramblas de Barcelona.

Has agotado ya en mil combinaciones egoistas y heterodoxas todas

[las letras del alfabeto.

y has puesto de mil maneras diferentes, en la gorra y en la zamarra,

la hoz,

el martillo

y la estrella.

• Pero aun no tienes una estrella SOLA,

después de haber escupido y apagado la de Belem.

Espanoles;

ó españoles que vivis el momento más trágico de toda nuestra Historia:

¡Estáis solos!

¡Solos!

n El Mundo,

todo el Mundo es vuestro enemigo, y la mitad de vuestra sangre —la

[sangre podrida y bastarda de Cain— se ha vuelto contra

[vosotros también.

F ¡Hay que encender una estrella!

¡Una sola, si!

E ¡Hay que levantar una bandera!

¡Una sola, si!

L Y hay que quemar las naves.

De aquí no se va más que a la muerte o a la victoria.

L Todo me hace pensar que a la muerte.

No porque nadie me defiende,

sino porque nadie me entiende.

I Ni vosotros siquiera.

Nadie entiende en el Mundo la palabra justicia.

P Y mi misión era hacerla entender

y clavarla en la tierra como el estandarte de la última victoria.

Nadie me entiende.

E Y habrá que irse a otro planeta con esta mercancía inútil aquí,

con esta mercancía ibérica y quijotesca.

¡Vamos a la muerte!

Sin embargo,

aun no hemos perdido aquí la última batalla,

la que se gana siempre pensando que ya no hay más salida que la

[muerte.

• ¡Vamos a la muerte!

Este es nuestro lema.

¡A la muerte!

Este es nuestro lema.

Que se despierte Valencia y que se ponga la mortaja.

• ¡Gritad!

¡Gritad todos!

• Tú, el pregonero y el « speaker »,

echad bandos.



La insignia

Encended las esquinas con letras rojas
que anuncien esta sola proclama :
¡Vamos a la muerte!
Vosotros, los comisarios, los capitanes de la censura,
envainad vuestra espada,
guardad vuestro lápiz rojo
y abrid a este grito las puertas del viento :
¡Vamos a la muerte!
Que lo oigan todos. Todos.
Los que trafican con el silencio
y los que trafican con las insignias,
Chamarileros de la Plaza de Castelar,
chamarileros de la Puerta del Sol,
chamarileros de las Ramblas de Barcelona,
destrozad,
quemad vuestra mercancía.
Ya no hay insignias domésticas,
ya no hay insignias de latón.
Ni para los gorros ni para las zamarras.
Ya no hay cédulas de identificación.
ya no hay más cartas legalizadas
ni por los Comités
ni por los Sindicatos.
¡Que les quiten a todos los carnets!

Ya no hay más que un emblema,
ya no hay más que una estrella,
una sola, SOLA Y ROJA, sí,
pero de sangre y en la frente,
que todo español revolucionario ha de hacérsela
hoy mismo,
ahora mismo
y con sus propias manos.
Preparad los cuchillos,
aguzad las navajas,
calentad al rojo vivo los hierros.
Id a la fragua.
Que os pongan en la frente el sello de la justicia
Madres,
madres revolucionarias,
estampad este grito indeleble de justicia
en la frente de vuestros hijos,
allí donde habéis puesto siempre vuestros besos más limpios.
(Esto no es una imagen retórica.
Yo no soy el poeta de la retórica.
Ya no hay retórica.
La Revolución ha quemado todas las retóricas.)

Que nadie os engañe más.
Que no haya pasaportes falsos,
ni de papel,
ni de cartón,
ni de hojalata.
Que no haya más disfraces
ni para el tímido,
ni para el frívolo,
ni para el hipócrita,
ni para el clown,
ni para el comediante.
Que no haya más disfraces
ni para el espía que se sienta a vuestro lado en la mesa del café,
ni para el emboscado que no sale de su madriguera.
Que no se escondan más en un indumento proletario esos que aguar-
[dan a Franco con las últimas botellas de champán en la
[bodega.

Todo aquél que no lleve mañana este emblema español revolu-
[cionario,

este grito de justicia sangrante en la frente,
pertenece a la quinta columna.

Ninguna salida ya
a las posibles traiciones.
Que no piense ya nadie
en romper documentos comprometedores,
ni en quemar ficheros,
ni en tirar la gorra a la cuneta en las huídas premeditadas.
Ya no hay huídas.
En España ya no hay más que dos posiciones fijas e *incomovibles*.
Para hoy y para mañana.
La de los que alzan la mano para decir cínicamente :
yo soy un bastardo español,
y la de los que la cierran con ira para pedir justicia bajo los cielos
[implacables.

Pero ahora este juego de las manos ya no basta tampoco.
Hace falta más.
Hacen falta estrellas, sí, muchas estrellas,
pero de sangre,
porque la retaguardia tiene que dar la suya también.

Una estrella de sangre roja,
de sangre roja española.
Que ya no haya quien diga :
esa estrella es de sangre extranjera.
Que no sea obligatoria tampoco.
Que mañana no pueda hablar nadie de imposiciones,
que no pueda decir ninguno que se le puso una pistola en el pecho.
Es un tatuaje revolucionario, sí.
Yo soy revolucionario.
España es revolucionaria,
Don Quijote es revolucionario.
Lo somos todos. Todos.
Por este sabor de justicia que hay en nuestra sangre y que se nos
[hace hiel y ceniza cuando sopla el viento del norte.
Es un tatuaje revolucionario,
pero español.
Y heroico también.
Y voluntario, además.
Es un tatuaje que buscamos sólo para definir nuestra fe.
No es más que una definición de fe.

Hay dos vientos hoy que sacuden furiosos a los hombres de España.
Dos ráfagas fatales que empujan a los hombres de Valencia.
El viento dramático de los grandes destinos, que arrastra a los hé-
[roes a la victoria o a la muerte,
[y podrida de los naufragios a las playas de la cobardía y del
[silencio.

Hay dos vientos, ¿no los oís?
Hay dos vientos, españoles de Valencia.
El uno va hacia Málaga,
el otro va hacia Francia.
El uno va a la Historia,
el otro va al silencio;
el uno va a la épica,
el otro a la vergüenza.



Responsables,
el gran responsable y los pequeños responsables :
abrid las puertas,
derribad las vallas de los Pirineos,
dadle camino franco a la ráfaga amarilla de los que tiemblan.
Una vez más, veré el rebaño de los cobardes huir hacia el ludibrio;
una vez más, veré en plara la cobardía.
Os veré a todos, sí.
Os veré a todos otra vez.
asaltando, con los ojos desorbitados, los autobuses de la evacuación.
Os veré, otra vez,
robándoles el asiento
a los niños y a las madres.
¡Os veré otra vez!

Pero vosotros os estaréis viendo siempre.
Un día moriréis fuera de vuestra patria. En la cama, tal vez. En
[una cama de sábanas blancas, con los pies desnudos (no con
[los zapatos puestos, como se muere hoy en España); con los
[pies desnudos y ungidos, acaso, con los óleos santos. Porque
[moriréis muy santamente, y de seguro, con un crucifijo y con
[una oración de arrepentimiento en los labios. Estaréis ya
[casi con la muerte, que llega siempre. Y os acordaréis —
[¡claro que os acordaréis! — de esta vez que la huísteis y la
[burlásteis, usurpándole el asiento a un niño en un autobús
[de evacuación. Será vuestro último pensamiento. Y allá, al
[otro lado, cuando ya no seáis más que una conciencia suelta
[en el tiempo y en el espacio, y caigáis precipitados, al fin
[en los tormentos dantescos — porque yo creo en el infierno
[también —, no os veréis más que así,
siempre, siempre, siempre,
robándole el asiento a un niño en un autobús de evacuación.
El castigo del cobarde, ya sin paz y sin salvación por toda la eter-
[nidad.



No importa que no tengas un fusil;

La insignia

quédate aquí con tu fe.
No oigas a los que dicen : la huida puede ser una política.
No hay más política en la Historia que la sangre.
A mí no me asusta la sangre que se vierta ;
a mí me alegra la sangre que se vierte.
Hay una flor en el Mundo que sólo puede crecer si se la riega con
[sangre.]

La sangre del hombre
está hecha no sólo para mover su corazón,
sino para llenar los ríos de la Tierra,
las venas de la Tierra,
y mover el corazón del Mundo.



¡Cobardes, hacia los Pirineos, al destierro!
¡Héroes hacia Málaga, a la muerte!
Responsables :
el grande y los pequeños responsables,
organizad el heroísmo,
unificad el sacrificio.
Un mando único, sí,
pero para el último martirio.
¡Vamos a la muerte!
Que lo oiga todo el mundo,
que lo oigan los espías.
¿Qué importa ya que lo oigan los espías?
Que lo oigan ellos, los bastardos.
¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?
¿Qué importan ya todas esas voces de allá abajo
si empezamos a cabalgar sobre la épica?
A estas alturas de la Historia ya no se oye nada.
Se va hacia la muerte...
y abajo queda el mundo de las raposas,
y de los que pactan con las raposas.
Abajo quedas tú, Inglaterra,
vieja raposa avarienta,
que tienes parada la Historia de Occidente hace más de tres siglos,
y encadenado a Don Quijote.
Cuando acabe tu vida
y vengas ante la Historia grande,
donde te aguardo yo,
¿qué vas a decir?
¿Qué astucia nueva vas a inventar entonces para engañar a Dios?
¡Raposa!
¡Hija de raposas!
Italia es más noble que tú,
y Alemania también.
En su rapiña y en sus crímenes
hay un hálito de heroísmo en el que no pueden respirar los mer-
[caderes.]

Si abriesen sus puertas a los vientos del Mundo,
si las abriesen de par en par
y pasasen por ella la justicia
y la democracia heroica del hombre,
yo pactaría con las dos
para echar sobre tu cara de vieja raposa sin dignidad y sin amor,
toda la saliva y todo el excremento del Mundo.
¡Vieja raposa avarienta :
has escondido,
soterrado en el corral,
la llave milagrosa que abre la puerta diamantina de la Historia!
No entiendes nada.
No oyes nada.
No oyes la voz de la tierra que grita : por aquí, por aquí,
¿éste es el camino del hombre?
Yo tengo mi oído más cerca del barro,
del barro y de las estrellas que tú.
Y sé oír el mensaje de mis poetas antes que tú el de los tuyos.
Ahora oiga una voz profética y luminosa.
Que la siga cubierta de sangre,
por entre charcos de sangre.
Mi destino,
mi pobre destino es éste :
oír estas voces antes que tú
estas voces que llenan de luto mi historia.
Tú no oyes nada.
Y no entiendes nada.
No entiendes nada, y te metés en todas las casas.

¡A cerrar las ventanas
y a cegar la luz de las estrellas!
Y los hombres te ven y te dejan.
Te dejan porque creen que ya se le han acabado los rayos a Júpiter.
No sabes nada.
No entiendes nada.

Has amontonado tu rapiña detrás de la puerta
y tus hijos no pueden abrirla ahora
para que entren los primeros rayos de la nueva aurora del Mundo.

• ¡Vieja raposa avarienta!
Eres un gran mercader :
sabes llevar muy bien las cuentas de la cocina
y piensas que yo sé contar.
Sí, sé contar.

• He contado mis muertos.

• Los he contado todos.

Los he contado uno por uno.

Los he contado en Madrid,

Los he contado en Oviedo,

los he contado en Málaga...

• Los he contado en todas las trincheras,

en los hospitales,

en los depósitos de los cementerios,

en las cunetas de las carreteras,

en los escombros de las casas bombardeadas.

Contando muertos, este otoño, por el Paseo del Prado, creí una no-

che que caminaba sobre barro, y eran sesos humanos que

tuve por mucho tiempo pegados a las suelas de mis zapatos.

El 18 de noviembre, sólo en un sótano de cadáveres, conté trescientos

[tos niños muertos.]

L Los he contado en los carros de las ambulancias,

en los hoteles,

e en los tranvías,

en el Metro,

en las mañanas lívidas,

en las noches negras, sin alumbrado y sin estrellas...

ó Y en tu conciencia todos...

n Y todos te los he cargado a tu cuenta.

¡Ya ves si sé contar!...

Y ahora no te vale nada decir a los hombres que tú no tienes la
[culpa.]

Eso se lo dices a los hombres,

pero a Dios y a mí no nos engañas.

F Eres la vieja portera del Mundo de Occidente.

Tienes, desde hace mucho tiempo, las llaves de todos los postigos
[de Europa,

E y puedes dejar entrar y salir por ellos a quien se te antoje.

Y ahora, por cobardía,

por cobardía nada más,

L porque quieres guardar tu despensa hasta el último día de la His-
[toria,

I has dejado meterse en mi solar

a los raposos y a los lobos confabulados del Mundo

para que se sacien en mi sangre

y no pidan en seguida la tuya.

P Pero ya la pedirán.

Ya la pedirán algún día otros hombres.

E Tú no tienes ya nada que hacer en la Historia.

Vete,

vete ya, vieja astuta ;

déjanos solos a los hombres

que ponemos a Dios más arriba de tus transacciones y de tus mer-
[cados ;

por encima de tus tejas y de las torres chatas de tus iglesias pro-
[testantes.]

• Vete,

vete ya,

deja esas llaves

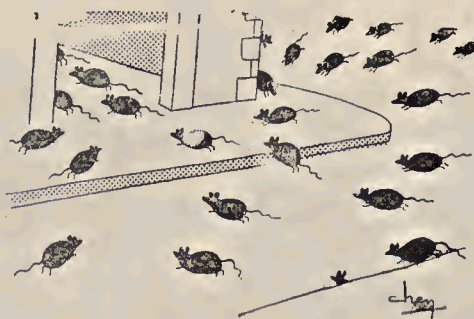
y la custodia del Viejo Mundo de Occidente.

• Vete, vete,

que no eres más que una rémora en el camino del hombre hacia
[la luz.]

• Oye, oíd, oíd todos, otra vez :

la conciencia del hombre nuevo exige ya otro mundo distinto que
[el de la rata y la raposa.]



La insignia



o el mundo se organiza sobre bases de justicia y dignidad humanas, donde no caben los mercaderes, o no se organiza de ninguna manera.

Aquí,
por primera vez,
por una vez siquiera,
aquí, en la gran mesa de los grandes negocios del Mundo,
aquí, en la gran mesa de los grandes negocios del hombre,
aquí, en estas alturas solitarias,
aquí, donde se oye sin descanso la voz milenaria
de los vientos,
de la arcilla,
y del agua,
que nos ha ido formando a todos los hombres;
aquí, donde no llega el desgañado vocerío de la propaganda mercenaria;
aquí, donde no tiene resuello ni vida el asma de los diplomáticos;
aquí, donde los comediantes de la Sociedad de Naciones no tienen papel;

aquí, bajo las estrellas
y ante la Historia grande;
aquí, aquí,
colocad aquí el negocio español.
Aquí, ante la Historia grande,
ante la épica.
La otra, la otra Historia,
la Historia doméstica,
la Historia nacional,
la que nuestro orgullo de gusanos enseña a los niños de las escuelas,

no es más que un registro de mentiras,
un índice de crímenes y de vanidades.
Aquí, aquí,
frente a la épica,
frente a la Historia verdadera,
colocad aquí el negocio español.
Y venid los poetas del Mundo,
todos los poetas verdaderos del Mundo
(poetas con el signo épico y activo que aquí hemos dado a la palabra y al oficio).

Los poetas de todas las naciones,
los poetas de todos los pueblos,
de los pueblos grandes y de los pueblos pequeños;
de los pueblos blancos,
de los pueblos negros
y de los pueblos amarillos;
de los que comen con manteca y de los que comen con aceite;
de los que beben vino,
de los que beben té,
de los que beben cerveza,
de los que beben en todas las fuentes y comen en todas las mesas,
pero que aún tienen hambre y sed de justicia...
Poetas de todas las latitudes :
venid aquí,
subid aquí,
aquí, aquí,

donde no pueden llegar los políticos,
ni los burgueses,
ni el banquero,
ni el arzobispo,
ni el mercader,
ni el aristócrata degenerado,
ni el bufón,
ni el mendigo,
ni el cobarde;
aquí, aquí,
donde no pueden respirar las ratas ni los raposos.
Aquí, aquí,
frente a la Historia grande,
bajo la luz de las estrellas,
sobre la tierra pristina y eterna del Mundo,
y en la presencia misma de Dios;
aquí,
colocad aquí el negocio español revolucionario.

Hay dos Españas:
la de las formas
y la de las esencias.
La de las formas que se desgastan
y la de las esencias eternas.
La de las formas que mueren
y la de las esencias que comienzan a organizarse de nuevo.
En la España de las formas desgastadas
están los símbolos obliterados,

L los ritos sin sentido,
L los uniformes inflados,
e las medallas sin leyenda,
e los hombres huecos,
e los cuerpos de serrín,
e el ritmo doméstico,
e las exégesis farisaicas, el verso vano
e y la oración muerta que van contando las avellanas
e horadadas de los rosarios.
Dios,

n la fuerza creadora del Mundo,
n se ha ido de esa España,
n y todo se ha quedado sin substancia.
n Nuestra morada nacional, entonces,
n es una cueva por donde camina la injusticia,
F una cueva donde ordena la avaricia,
F y los privilegios de la avaricia.
F Es la época de los raposos.
E Y los pueblos de Historia tan pura como el nuestro
E no son ya más que madrigueras
E donde los raposos amontonan su rapiña.

L En la España de las esencias que quieren organizarse de nuevo,
L están las ráfagas primeras que mueven las entrañas nacionales,
L los huracanes incontrolables que sacuden la substancia dormida,
L la substancia originaria de que está hecho el árbol, y el cuerpo del hombre.

P Y están también los terremotos que rompen la tierra,
P que desgarran las carnes
P y desbordan los ríos
E y las arterias de nuestra anatomía
E para dar salida al espíritu encadenado
E y mostrarle su camino hacia la renovación y hacia la luz.
E Es la época de los héroes.
E De los héroes contra los raposos.
E Es la época en que todo se deforma y se revuelve.
E Las exégesis se cambian del revés,
E los presagios de los grandes poetas, se hacen realidad;
E aparecen nuevos cristos,
E y las viejas parábolas evangélicas se escapan de la ingenua retórica
E [de los versículos, para venirse a mover y organizar nuestra vida.

Aquí están, ¡miradas!
Aquí están en el aire todavía,
temblando de emoción,
cruzando los cielos desde hace veinte siglos,
en la curva evangélica de una parábola poética,
estas palabras revolucionarias,
estas palabras anarquistas:
Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que
entre un rico en el reino de los cielos.

Los curas las han estado
escupiendo,
vomitando desde los púlpitos,
centuria tras centuria,
año tras año,
domingo tras domingo.
Los prelados y los obispos las han llevado
de catedral en catedral,

La insignia

de iglesia en iglesia,
de plástica en plástica,
y han acabado siempre por sentarse, después de los sermones, a la
mesa de este rico de tan dudosa salvación, para decir así, de
una manera abierta y paladina:

El Evangelio no es más que una manera lírica de hablar,
metáforas,
metáforas retóricas,
retórica todo,
hecha sólo para adornar el sermón melifluido y dominical de los predi-
cadores elegantes.

¿Qué otra cosa podría ser? — dice el raposo.
¿Qué otra cosa podría ser? — dice el hombre doméstico.
Pero he aquí que llegan ahora unos hombres extraños,
los revolucionarios españoles,
los anarquistas ibéricos,
los anarquistas angélicos y adámicos,
el hombre heroico que dice:
No hay retóricas.
El hombre heroico que afirma y que sostiene
que el verbo lírico de Cristo y de todos los poetas
no es una quimera
sino un índice luminoso que nos invita a la acción y al heroísmo,
[y que esta metáfora del camello y de la aguja, del pobre y del
lírico tiene un sentido que, desentrañado y realizado, puede
llenar, si no de alegría, de dignidad, la vida del hombre.

Esta es la exégesis heroica.
La exégesis anarquista. Escuchad:
Hay que salvar al rico.
Hay que salvarle de la dictadura de sus riquezas.
Porque debajo de sus riquezas
hay un hombre que tiene que entrar en el reino de los cielos,
«en el reino de los héroes».
Pero también hay que salvar al pobre.
Porque debajo de la tiranía de su pobreza
hay otro hombre que ha nacido para héroe también.
Hay que salvar
al pobre
y al rico.
Hay que matar al rico y al pobre para que nazca el HOMBRE,
el nombre heroico.
El Hombre,
el hombre heroico es lo que importa.
Ni el rico,
ni el pobre,
ni el proletario,
ni el diplomático,
ni el industrial,
ni el comerciante,
ni el soldado,
ni el artista,
ni el poeta siquiera, en su sentido ordinario, importan nada.
Nuestro oficio no es nuestro destino.
Nuestra profesión no es lo sustantivo.
No hay otro oficio ni empleo que aquel que enseña al mozo a ser un
[héroe.

El hombre heroico es lo que cuenta.
El hombre ahí,
desnudo,
bajo la noche
frente al misterio;
con su tragedia a cuestas,
con su verdadera tragedia,
con su única tragedia.
La que surge cuando preguntamos,
cuando gritamos en el viento:
¿Quién soy yo?
Y el viento no responde,
y no responde nadie.
¿Quién soy yo?... ¡Silencio!... ¡Silencio!...
Ni un eco,
ni un signo... ¡Silencio!...
Para que grite conmigo, busco yo al rico y le digo:
Deja tus riquezas y ven aquí a gritar.
Para que grite conmigo, busco yo al pobre y le digo:
Salva tu pobreza y ven aquí a gritar.
Todas las lenguas en un grito único,
y todas las manos en un ariete solo
para derribar la noche,
y echar de nosotros la sombra,
No hay dictaduras humanas.
Estrellas,

sólo estrellas,
estrellas dictadoras nos gobiernan.
Contra la dictadura de las estrellas,
la dictadura del heroísmo.
Y si las estrellas dicen:
Siempre habrá pobres y ricos
y el pez grande se come al chico...
Contra la voz de las estrellas,
el esfuerzo del heroísmo colectivo.
Para que grite conmigo,
contra estas dictaduras estelares, busco yo al hombre.
Para que junte conmigo su angustia y la funda con la mía en una
[sola voz, busco yo al hombre.

Esta es la exégesis heroica.
Esta es la exégesis heroica que tan bien le da al español
al revolucionario español,
al anarquista ibérico,
al anarquista adámico y angélico,
para quien la vida no es ni ha sido nunca
una cuestión de felicidad,
sino una cuestión de heroísmo.
Y su sangre,
esa sangre que está vertiendo ahora
y la ha vertido a través de la Historia,
no se puede medir con un criterio pragmático.
Esta es la exégesis heroica.
En cuanto se ha definido como doctrina,
y ha adquirido posibilidad de realidad
el mundo doméstico de los fariseos
y la avaricia de los raposos
se han vuelto furiosos contra ella.
Y ahora,
ahora no hay más que una lucha enconada entre dos clase de
[hombres:
la de los que quieren seguir la curva lírica de esta parábola en
[el cielo,
hasta sus últimas posibles realidades.
hasta verla caer en la tierra y moverse aún, abriéndole caminos
[nuevos al hombre por la Historia,
y la de los que aseguran que interpretar así la parábola es una
[blasfemia y una herejía.

Somos los viejos herejes del Mundo,
frente a los eternos fariseos,
y contra los raposos que amontonan la rapiña detrás de la puerta.
Y no buscamos la felicidad.
Camaradas,
españoles revolucionarios,
anarquistas adámicos y angélicos,
un día tendremos ya pan y ocio,
y ya no habrá hambre ni prisas en el Mundo.
Pero no seremos felices tampoco.
No hay posadas de felicidad
ni de descanso.
Se va siempre por un camino heroico hacia la dignidad y la supe-
[ración de la vida.

Se cambiarán de sitio nuestras llagas,
nos dolerá otra carne
y de sierras más frías bajará nuestro llanto.
Aquel mendigo chino
ya no estará a la puerta del hotel
golpeando allí por una rebanada de pan;
estará en la pirámide,
en la giba más allá de la Sierra Madre,
golpeando en el cielo,
en la puerta del cielo,
en el pecho de Dios
por una rebanada de luz.
La noche pasada subí a la colina,
vi el cielo encendido de luminarias
y le dije a mi espíritu:
Cuando ya conozcamos todos esos mundos
y sepamos todos los secretos que guardan...
¿estaremos ya tranquilos y satisfechos?
Y me dijo mi espíritu:
No.

Llegaremos a ellos sólo para continuar adelante.

● Termina en la página siguiente ●



Modo de hallar nuestro camino



(Ver el número 60)

PEARL HARBOR (Puerto Perla)

Colapso de la mente y ascenso de la psicológica malicia nadie los suponía en quien comande los altos bélicos espacios, y, sin embargo, ambas cosas sería fácil que se asentasen en la misma cabeza estratégica. Entonces podía comenzar el exterminio y la destrucción, pero eso —en la opinión de Mr. Dulles— sólo constituiría un «normal error humano». La somnolencia prolongada hizo posible el episodio dramático de Pearl Harbor. Pues su vigilancia excesiva puede dar lugar a otro Pearl Harbor en reverso.

Digase que la suerte del terráqueo globo depende, en estos momentos, de unos pocos hombres débiles, los cuales, además de ser débiles, son falibles. Gente no inmune al error y al desequilibrio mental; gente mucho más propensa a graves trastornos por las responsabilidades que sobre ellos gravitan. Con todo, los estrategas que han fabricado esta trampa de la muerte (death-trap), mirensa a sí mismos y digan al pueblo si sus bases aéreas, o el punto básico nuclear, o sus bombarderos «jet», constituyen un bastión de la defensa nacional y un fuerte dique contra cualquier imprevisto ataque. ¿Hasta cuando perdurará esta humana locura? ¿Puede una mente bien equilibrada admitir que aquellos dones que nos son más dilectos, como la libertad y la democracia, están, efectivamente, salvaguardados por haber transferido los poderes radicados en el Presidente y el Congreso, al jefe de la fuerza aérea y a los comandantes que él elija para los propósitos e intentos turbadores?

Entonces tales planes que han sido elaborados con astucia diabólica y destinados a producir la catástrofe, alcanzaron su dimensión y no hubo contra ellos protesta ni debate alguno. ¿Por qué ese silencio? ¿Por qué no se ha producido una crítica inteligente, pareja a un ataque cáustico, y cuya síntesis razonadora evitase avanzar hacia esta abismal honcúra? Sólo tahures de la peor especie dirán que mucha gente puede sobrevivir a un ataque aéreo y no sería abrasada en la llama de las atómicas radiaciones atmosféricas. Y sólo quienes se soterraron en el error por su lado más profundo, rehusan ahora admitir las inevitables consecuencias en que ellos se hundieron, y, como escolio, afirman, con todo candor seráfico, que tal jugada era, de hecho, una póliza de seguro de vida y no una argucia maquiavélica o maquinación hipócrita. En nuestro esfuerzo por apartar el comunismo de todo contacto con el mundo libre, ha resultado que nos hemos metido entre sus garras y fueron los comunistas quienes dictaron todos nuestros movimientos y dirigieron todos nuestros pasos. Estamos como el capitán Ahab en la novela «Moby Dick», y fué que odiando él a la ballena blanca que le había llevado la pierna, perseguía al cetáceo y deseaba destruirlo a toda costa. Obstinado en ello, olvidó otras ocupaciones de la vida: olvidó a su mujer, a su niño infante, a su

¿CREE, acaso, nuestro gobierno que vivimos en un mundo paradisiaco, libre de yerros y de choques graves, ajeno a toda conmoción profunda? Incontinenti preguntáramos a la Fuerza aérea si nunca ha oído de aviones cuya presencia no pudo ser identificada, aun advertido el vuelo por hábiles expertos, siendo dicho vuelo perceptible al «radial screen» o pantalla reflectora. La Fuerza aérea tal vez circunscriba el hecho a alucinaciones de la fantasía o a falsas interpretaciones de fenómenos que la Naturaleza produce en el curso de sus continuos movimientos. Para que cualquier duda disipe su propia niebla, hemos de ser explícitos. Alucinados por esos espectros, radiantes como espejos lumínicos, la alucinación quizás vaya muy lejos y presenta aeroplanos rusos y explosiones atómicas donde sólo existe el miedo y se agranda la sospecha con trágicas inquietudes.

por Lewis MUMFORD

tripulación, todo lo olvidó para lograr aquello que se propuso cumplir a través de los múltiples obstáculos e insuperables fatigas. Entonces Ahab dirige su barco hacia la destrucción. Sin empujón, en el trance final, su locura tiene un momento lucido y Ahab exclama: *todas mis intenciones fueron buenas; el objeto y los motivos fueron insensatos y obra de un furioso loco.*

Al parecer, nuestros líderes no llegaron a adquirir la lucidez del capitán Ahab. ¿Pues quién se imagina que una guerra nuclear, en gran escala, aun si lograrse el exterminio del enemigo y dejase intacta una parte de este país con algunos sobrevivientes sobre la humareda del holocausto último, alcanzaría los objetivos que nos habíamos propuesto al desencadenarla contra todas las extensiones del terráqueo globo? Libertad, democracia, seguridad, humanismo, todo, todo perecería entre las cenizas de ese pavoroso e inmenso incendio. El odio está en marcha. Odiados somos por el resto de las universales razas. Y aunque nadie descargase una bomba atómica sobre nuestras cabezas, respiraríamos aire envenenado con la radioactividad, beberíamos agua envenenada con la radioactividad, comeríamos manjares envenenados con la radioactividad, debido todo ello a las pruebas que se suceden en competencia suicida. Luego, a su tiempo el letal veneno, con cuyo efecto hemos muerto a nuestros adversarios, llegaría a nosotros e invadiría nuestros misereros cuerpos. Walt Whitman escribió estas palabras: *el regalo lo da el donante, y la mayor parte vuelve a él.* La irase debe aplicarse a cuantos se tornan agresivos, porque lo que preparamos para destruir al rival significa la propia ruina si cometemos la infamia de envenenar la atmósfera sobre las ciudades y las aldeas, o lo mismo sobre espacios desiertos y espacios en floración.

Mas de aquí que si no hemos perdido la conducta honesta de las nobles obras ni el alto sentido de ser altamente humanos, podemos levantar la voz y decir: los planes concebidos para causar esa catástrofe son diabólicos y dementes. El hecho de que otros gobiernos se ocupan en fabricar idénticos artefactos no alivia, en lo más mínimo, nuestra condición patológica.

EL BALUARTE MORAL QUE HEMOS DESTRUIDO

Al iniciar esta política, fijos los ojos solamente en Rusia, pretendíamos reconstruir aquel viejo baluarte que era como una fuerza moral, y ese baluarte hemos ayudado a destruir o. Entonces reconocido y ocultado, por nuestra parte, ese fracaso, descuidábamos, al mismo tiempo, erigir la más

simple protección contra algo que no sea peor que la transitoria tiranía rusa impuesta sobre éste o aquel país: era ello ignorar el peligro que la guerra nuclear llevaría a todos los rincones del planeta, y sobre todo, a las funciones vitales de toda vida orgánica. Oh, si estuviésemos compenetrados con las realidades de la edad atómica, el conocimiento de esas realidades sería la mejor protección contra los «rocket missiles» de la fuerza nuclear. Sin género de duda, la brutalidad y tiranía de los gobiernos comunistas, aun sobre sus propios pueblos, aumentó los problemas que aironta el humano linaje y cuya solución se retardará por mucho tiempo. Pero ¿quiénes somos nosotros para lanzar la primera piedra mientras permanezca tan poco clara nuestra posición moral, o, si se quiere, tan vulnerable a aquellos que observan nuestras acciones según ellas ahincan nuestra conducta contradictoria entre ambigüedades y nebulosos designios? Cierto que la mancha que a los rusos les nubla la visión es una mancha real; mas la viga en nuestros propios ojos no es menos real ni menos disforme que a mota ajena. Nuestra crónica propensión a los armamentos

La insignia

• Viene de la página 6 •

Estos son los pensamientos revolucionarios de los hombres de todas las edades y de todos los tiempos.

No son originales.

No son míos solamente.

Son las voces de todos.

Son gritos de ayer,

de hoy

y de mañana.

Si no son tuyos también,

no son nada o casi nada.

Si no son lo inmediato y lo distante,

no son nada.

Si no son el misterio y la llave que abre al mismo tiempo todos [los misterios,

no son nada.

Son la hierba que crece donde hay agua y tierra.

Son el aire corriente que llena nuestro Globo.

Esta es mi palabra,

y la tuya también.

La vieja palabra de todos los poetas del Mundo

(poetas con el signo épico y activo que aquí hemos dado a la palabra [y al oficio].

No es la palabra de los demagogos.

¿Soy yo un demagogo?

Yo no hablo a los españoles de felicidad

sino de heroísmo.

Y digo también:

yo no conduzco a los hombres

ni al restaurant,

ni a la Biblioteca,

ni a la Bolsa.

Los llevo hacia aquellas cumbres altas...

Marzo de 1937

León FELIPE



Modo de hallar nuestro camino



nucleares como un sustituto barato para disminuir los soldados y el costo de los ejércitos, hace imposible la reducción de materiales bélicos e imposible la paz si los unos y la otra no se ajustan a nuestros inflexibles términos.

Como un paso inicial hacia la sobriedad y la decencia, permitásenos decir que la amenaza bajo cuya horrida sombra vive ahora la humanidad, no fué, en primer lugar, invención de la Rusia soviética. Si examinamos los orígenes de nuestra política nuclear con respecto a los actuales acontecimientos, habremos de admitir que nada tienen que ver con la enemistad a Rusia y a la expansión comunista. La admisión de este hecho sería la base sólida para corregir los errores que hemos realizado con perfidia recia; pero yo no pretendo que esta admisión, mucho más humillante que cualquier retraso en nuestro progreso tecnológico, sea fácil a nuestra nación reconocerla. Ni tampoco pretendo que una protesta popular induzca al gobierno a cambiar de ruta. Ocurrir puede el desastre y entonces será demasiado tarde en procurarle alivio.

Parte el presente peligro de un hecho que nosotros pretendíamos alejar de nuestra conciencia; fué ello que la desintegración del átomo iba pareja a la desintegración del hombre moderno. Mas el derrumbe de esos valores morales que ahora nos llevan hacia una irresistible catástrofe, nada afecta a la bomba atómica, después de todo. Este derrumbe tuvo lugar en los comedios de la segunda guerra mundial, si bien su preparación viene de mucho más lejos. Comienza en el año de 1943, y al principio de dicho año, por aquello de reducir las bajas, o, quizás, por dar un pronto remate a la guerra, nuestras autoridades civiles y militares siguieron el método de ordenar bombardeos como lo practicaban los fascistas y los nazis. Se pretendía con ello no sólo derrotar las fuerzas enemigas, sino el reducir la población por el terror cuando fuera posible, o cuando fuese «necesario», según decían los técnicos de la balística diplomática.

Los más atroces conquistadores anatematizados por la historia y cuyos nombres caen como un baldón sobre los pueblos, más o menos cultos, nunca concibieron cosa peor o semejante a ésta, y, si la concibieron, no traspasaron ciertos límites en su actitud de llevar a cabo algunos horripilantes métodos. Y séame lícito cuestionar de este modo: si pidiésemos a nuestros aviadores que matasen a sus víctimas una a una y a mano —viejos, mujeres y niños— ¿cuántos cree usted de estos victimarios que no se sintiesen enfermos al realizar esta monstruosa carnicería y continuasen ejecutando a sin rebelarse contra ella? Sucede que en la guerra los victimarios no ven a la víctima. La víctima está lejos y el victimario no siente angustia alguna frente al espectáculo donde el drama épico trabaja su nefanda obra. No podría hacerlo en un cuadro de desolación a él próximo y con la macabra escena proyectada hacia la perspectiva ocular. Cuanto más lejos estén las víctimas, más fácil es tomarlas como objetos inanimados, como blanco, no como humanos seres, va a decir, como somos nosotros mismos, de suerte que aquellos sus sufrimientos despierten nuestra lástima

y muevan a compasión los indomables furores prendidos a la vesania indómita.

Compárense al anterior genocidio las guerras del pasado y ellas, aun con sus vicencias, pudiéramos crearlas relativamente humanas e inspiradas, a veces, en algunos actos de honesta conducta y de firme clemencia. Toda limitación contra los bárbaros impulsos fué barrida de la tierra. Siglo tras siglo se quiso humanizar esa limitación y en este instante también fracasó el colectivo esfuerzo. Tal destronamiento de la moralidad —la moralidad tiene su trono—, tal endurecido ánimo adverso a toda acción generosa, nos ha salido caro. Una vez roto el valladar contra el desatino exterminador, nos conducíamos en una forma criminal idéntica a la del maníático Adolfo Hitler. En idéntica postura nos hemos erguido, porque no vacilamos en sujetar las ciudades o la destrucción sobre un túmulo de llamas y escombros. Sólo en una noche los bombardeos norteamericanos mataron en Tokio ciento ochenta mil personas. Sobre este preámbulo fué luego ejecutada la inmolación de Hiroshima.

EL CAMINO HACIA EL NIHILISMO

Tú, ciudadano estadounidense, no te equivoques respecto a la causa que produjo este desbarajuste nacional; ella es anterior, o precede —diríamos de otro modo—, a la invención de la bomba atómica. No nos hizo la bomba atómica exterminadores, antes fué nuestro decidido empeño en usar los métodos de exterminio que ya germinaban en nuestra sangre como en su propio centro, aquello que nos llevó a dar impulso a los armamentos nucleares. Esta desintegración moral aumentó los peligros del poder atómico. Si a sangre fría hubimos de exterminar ciento ochenta mil japoneses, ¿por qué no hemos de prepararnos para exterminar ciento ochenta millones de humanas víctimas, cual si todas ellas fuesen nocivos insectos? Nuestra política se basa sobre falsas premisas, y luego nos consolamos diciendo que este modo de conducirse no trae trastorno sino que aumenta el miedo entre los adversarios e impone cordura a toda agresiva audacia. Quiere decirse que, al remover ciertos obstáculos, hemos aumentado los temores propios, ahora más grandes que nunca, pues nuestro país queda abierto al completo exterminio por los mismos métodos científicos y las mismas normas bélicas.

La naturaleza de tal derrumbe moral, prevista hace más de medio siglo por Henry Adams puede condensarse en esta modalidad sintética: la mayor parte de los norteamericanos no alcanza que aquí se produjo un cambio, o lo que es peor, que si se ha produ-

cido, no ocasiona diferencia ni modifica el curso de los diarios sucesos. Inconscientes son a la magnitud de la culpa y desconocen que con su apatía y silencio dan a ella el asenso irrevocable. Pues viene a ser como si el secretario de Agricultura, durante la guerra, y en un período de emergencia, autorizase vender carne humana, y vueltos todos al canibalismo, continuase luego la venta a fin de abaratar el costo de la vida. Muchos de los que se dicen líderes religiosos o moralistas a la clerical usanza, esquivaron tocar esta cuestión. No han querido rozarla ni meterse en ella. O si lo hicieron, fué para bendecirla, alegando razones capciosas, pueriles, como los vagos subterfugios que emita nuestro gobierno.

Ah, este colapso de todos los valores morales, esta quiebra en los elementales principios aún necesarios para preservar la especie animal de una completa extinción, ocurrió primeramente, con cierto acto decisivo hecho por un servidor público de alta probidad y pulcra rectitud, el secretario de la Guerra Henry L. Stimson. Sin duda aquel episodio motivaría que otras gentes virtuosas lo imitasen y cerraran sus ojos a fin de ignorar nuestra catastrófica caída moral. Algunos tienen por virtud todo el daño que pueden hacer e introducen como honesta la culpa en la creencia de que es culpa honrada y sin sombras turbadoras.

Nuestra conducta soamente se explica en el caso de admitir que un fragmento de nuestra conciencia se separó del contacto con la realidad, cual si, unido por un nexo, hubiese obstruido, a modo de sensitivo nervio, las reflexiones justas o la meditación ecuánime. Mas si esto no fué así, ¿cómo podremos justificarnos a nosotros mismos? Estamos en un punto aislado que impide tomar las medidas necesarias para enmendar nuestros yerros. Sobre todo, nos ve a ir hacia el primer paso, y el primer paso que daríamos sería aquél que nos llevase a no reincidir en la salaz e idéntica proterva culpa.

Y ahora llegamos a la entraña del problema. He aquí la cuestión: ¿Podemos abrir del todo los ojos y darnos cuenta de dónde estamos y comprender dónde nos conduce la marcha? ¿O tenemos bastante fuerza — bastante dignidad vigorosa — para dolernos de nuestra pasada conducta y modificar nuestros planes y propósitos, enfocándolos a un futuro más dulce y sosegado? Obligados estamos a actuar, pero no en provecho propio, sino en beneficio de todos los hombres. ¿Cumplimos esas obligaciones? Son tan grandes los prejuicios en favor de nuestra política ortodoxa y militares rutinal, que

no nos será muy fácil abandonar la senda, ya reconocido como estrecho el cauce cuyo sillo abre camino a la aviesa expansión confusa e innoble.

El poeta gnómico y elegiaco Teognis observó que la sabiduría es flexible; la ignorancia indomable. Los líderes nos han encerrado en una angostura preatómica, también indomables políticamente, con sólo alguna que otra dirección acertada, como el Plan Marshall, a través del cual se nos condujo a ser instrumentos de la guerra fría. Ya metidos en este laberinto, no hallan los líderes otra alternativa que quedarse en él. Ajena a todo debate de la política que adoptamos, ella remansa en una quietud semejante a su propia inercia: error engendra error, como la mentira engendra mentiras. Entonces a fin de aliviar la magnitud de nuestros lapsos y ver un modo que nos permita escapar de ellos, nuestros líderes, en ambos partidos, aceptan las cosas según son, porque creen obra improbable encontrar remedio a estos fracasos y trastornos. Con todo, continúan tenaces y se estiman grandes patriotas dedicados a proteger su país contra los malos vientos. Todavía no admiten que tan patriótica conducta es un engaño: que lo que hay que proteger es el planeta, y que nuestros conciudadanos no son la *master race*, sino una parte del conglomerado que forma toda la humana raza.

Aparte de las posibilidades de un exterminio general nuclear bastaría la grave contaminación radioactiva para revisar nuestro programa en lo atañadero a la manera cómo se utilizarían las nuevas fuerzas atómicas aparecidas sobre el mundo. Recientemente la Comisión de Energía Atómica informó que deben continuar las pruebas nucleares. Según dicha Comisión carece de importancia el que la vida se acorte unos pocos días antes de llegarle la hora póstuma, y el que, debido al *testing*, puedan morirse al año dos mil niños por la leucemia y el cáncer. Como de costumbre, la Comisión siempre estudiosa y optimista, ha hecho un mal cálculo. ¡Sólo unos pocos días! ¡Unos pocos días! *Only a few days!* Así quinientos niños mueren de cáncer y son a modo de deuda expiatoria a los niños nipones inmortales en Hiroshima y Nagasaki. Pero esos pocos días, multiplicados por lo que representa en números la población del planeta, vienen a ser más que cuatro billones de días. Y cuatro billones de días, divididos por los 365 del año, montan a algo parecido a once millones en redondas cifras. Diré que si nuestras gentes meditasen sobre este tema, se harían la misma pregunta que yo me he hecho: ¿quiénes son esos jueces que dan la sentencia y sancionan un robo de tan grandes proporciones cual es el de sacrificar todas esas vidas? ¿Y quiénes son los que han de ejecutar la sentencia sin que nadie pueda disputar su justicia y su fallo absoluto? Eso que los guardianes del poder nuclear llaman un *tolerable riesgo* es, de hecho, una seguridad infame.

Lewis MUMFORD



LA MÚSICA FRANCESA Y LOS MÚSICOS ESPAÑOLES



MUSICA! Herencia sagrada de Apolo, lenguaje misterioso tan cargado de magia y tan rico en sortilegios, que las nueve Musas, a pesar de la diversidad de sus misiones, han tenido a bien ser sus madrinas reservándole el privilegio de llevar su nombre.

La Música resume las victorias conseguidas por el Arte sobre los elementos más prosaicos de nuestra vida cotidiana. Ella ha aligerado y ennoblecido nuestros quehaceres terrestres. Por ella se han hallado milagrosamente disciplinados, idealizados y transfigurados, el tiempo y el espacio, la duración y el movimiento, el silencio y el ruido. Ella es quien ha despertado la materia a la vida secreta de las vibraciones que le dan un alma, y de todo lo que toca, de todo lo que palpa, saca siempre una chispa luminosa de belleza. Ella ha revelado a la piedra, a la arcilla, al hueso, al cuerno, al marfil, al cristal, a la piel, a la cuerda, a la madera y al metal, que estaban dotados de palabra. Al mismo tiempo que les ha enseñado el canto les ha arrancado impetus de entusiasmo, de sollozos, gritos de odio y suspiros de amor.

Los músicos han conseguido realzar, de siglo en siglo, una especie de creación de segundo orden al construir para su uso un microcosmo minuciosamente organizado, regulado como un movimiento de relojería y firmemente unido a los muelles de la vida universal.

Lentamente descubiertas, definidas y codificadas en el transcurrir de las edades, las reglas de la armonía y de la composición, salidas secretamente de las leyes de la naturaleza y de las exigencias científicas de la acústica, han terminado por engendrar todo un pequeño universo de hadas en el que los sonidos, los ritmos, los acentos, las tonalidades y los modos giran y evolucionan, se atraen y se rechazan, con la regularidad y el equilibrio inflexibles que admiramos en la gravitación de los astros.

Nada, en efecto, es arbitrario en la cosmogonía musical. Todo en ella se relaciona con la lógica superior de las leyes naturales y de las formas esenciales de la vida. La Música nos hace oír, al petizarle y al arrancarle a su silencio eterno, el vaivén de la biela del gran motor invisible que asegura la carrera de los mundos sobre las pistas del cielo.

Los músicos españoles, que partieron generalmente de una inspiración folklórica, hallaron en la música francesa de nuestro tiempo modos de expresión que han transformado su estilo de la manera más feliz sin destruir en modo alguno el acento de su terruño. Si buscásemos una prueba de la preeminencia de la música francesa en los comienzos de este siglo,

la encontraríamos en este homenaje espontáneo e intuitivo que le han rendido sin consultarse, todos los jóvenes compositores internacionales que, después de haber oído a Debussy y a Ravel, han cambiado de vocabulario.

Allende el Pirineo se hallaba Felipe Pedrell totalmente consagrado a la glorificación de las tradiciones populares de su país, defendiéndolas con su proselitismo de musicógrafo y su actividad de compositor, cuando su alumno Enrique Granados, catalán como él, profundamente impregnado también de los perfumes de su tierra natal, alejándose de su patria, vino a París a ejercitarse en el piano con Charles de Bériot. Al mismo tiempo se inició en nuestros modos de pensar, de sentir y de escribir. Sin que su fuerte personalidad ni su hispanismo tan rico en colores hayan sufrido. Granados halló, de modo visible, en el estudio de las obras maestras de esta época, el secreto de ese refinamiento poético y de esa sutileza de impresiones que le han permitido escribir sus adorables « Tonadillas » y sus « Goyescas », que sacan del suelo ibérico ese jugo tan sabroso; sus divertidas zarzuelas « Miel de la Alcarria », « Picarol », « Gaziel », « Ovillos », « Liliana »; su poema sinfónico « La nit del mort »; sus dos óperas : « María del Carmen » y « Folleto »; sus « Valses poéticos », « Estudios », « Escenas románticas », « Cantos de la Juventud » y sus « Danzas españolas » tan flexibles y tan combadas.

Sabemos que este artista vibrante y sensible, desapareció a la edad de 49 años, víctima del torpedeamiento del barco « Sussex », que le conducía a América.



Su compatriota, Isaac Albéniz, siguió la misma evolución. Como él, vino también a París y se ejercitó en el piano con Marmontel. Se hizo conocer como virtuoso antes de estudiar la composición con

Paul Dukas y Vincent d'Indy. Después de haber experimentado mucho más netamente que Granados la influencia de Debussy y de Ravel, puso esta nueva elocución al servicio de la inspiración más española que se pueda concebir y que nos ha valido la deslumbrante « Iberia », su poema sinfónico « Cataluña » y su ópera cómica « Pepita Jiménez ». Numerosas piezas de piano, y un hech-

por Emilio VUILLERMOZ

zo : « El Opalo mágico » habían precedido a esas obras maestras, las cuales nos muestran un temperamento ardiente y generoso cuya fuga y hermoso humor nos hacen pensar en la cordial bondad de nuestro Emmanuel Chabrier.

Otros músicos españoles, que también habían pedido a la *Schola Cantorum* un complemento de instrucción técnica, han experimentado más profundamente la marca de su enseñanza dogmática. Un Conrado del Campo, por ejemplo, y un Joaquín Turina, han tenido mucho más trabajo para desembarazarse de la influencia de sus maestros franceses. Este último, en particular, no ha podido sacudirse este yugo en su estilo de música pura, y no ha hallado un poco de libertad de expresión más que en las piezas que exigen de él descripciones conformes a la naturaleza, como sus « Rincones de Sevilla », su « Sevilla » o su cuadro orquestal la « Procesión del Rocío ». Bartolomé Pérez Casas, autor de « Lorenzo »; Federico Olmeda San José, que fué el apóstol de la vuelta a la polifonía clásica; Enrico Morera, compositor catalán extremadamente fecundo, y su alumno Jaime Pahissa han tenido un papel activo en la vida musical de su país.

Más cerca de nosotros, un independiente, extremadamente personal, Federico Mompou, ha escrito piezas para piano de un refinamiento exquisito en su simplicidad y de una asombrosa potencia evocadora. Sus « Cantos mágicos » contienen sortilegios inanalizables que poseen misteriosas virtudes hechiceras. Sus « Arrabales », sus « Encantos », sus « Fiestas lejanas », sus « Escenas de niños » revelan en este inspirado una aptitud singular para traducir lo intraducible y para trasponer en el dominio de los sonidos sensaciones e impresiones que parecían tener que escapar por definición a toda nota musical. Sus obras de poeta y de visionario presentan una elegancia y una distinción raras en una forma cuya concisión y libertad son muy características. Carlos Pedrell, sobrino de Felipe Pedrell, que pasó su vida entre Barcelona, París y América del

Sur, ha escrito obras llenas de tacto. Joaquín Casado, mucho más exuberante, se ha hecho célebre con su « Hispania », vigorosamente ritmada y coloreada. Joaquín Nin, musicólogo y folklorista, nos ha dado armonizaciones notables de canciones populares de su país. Ernesto Halffter tiene un temperamento fino y matizado, un talento distinguido y una escritura armónica que contagia. Su hermano mayor, Rodolfo Halffter, ha dado pruebas también de tener dotes notables. Haría falta poder estudiar igualmente a músicos de la clase de Joaquín Rodrigo, Oscar Esplá, Adolfo Salazar y de Manuel Ponce, los cuales, por diversos méritos, prueban la vitalidad y la originalidad de la joven escuela española.

Un artista de genio domina y aplasta a su época con su potente personalidad : Manuel Falla.

Vino a trabajar a París, pasó por la *Schola* y frecuentó asiduamente a Debussy, Ravel y Strawinsky antes de regresar a España, a su ermita de la Alhambra, en Granada, y de ir como exilado a la Argentina donde — ¡ay! — la muerte le esperaba. Experimentó pasajeramente las influencias sucesivas de estos tres maestros sin dejar rozar su iberismo profundo que hizo de él el músico más sintéticamente representativo del alma española. Desde sus comienzos, su ópera, la « Vida breve », había puesto de relieve su talento excepcional : sus siguientes obras tenían que ganarle la admiración apasionada de los melómanos del mundo entero.

El « Amor brujo » contiene, en efecto, una riqueza de pensamiento y de materia musical que hacen de él una obra maestra única en su género; las « Noches en los jardines de España » están bañadas de una inefable poesía; su « Tricornio » trepidante, el « Retablo de Maese Pedro », el « Concierto » para clavecín, sus « Siete canciones españolas », sus piezas de piano y sus melodías revelan bajo aspectos muy variados su soberana maestría y su originalidad total. Aquí se siente uno en contacto con un verdadero creador que se sirve del lenguaje de los sonidos de un modo tan personal que nadie podrá jamás sorprender el secreto de esa magia. Se ha podido imitar a Wagner, a Debussy, a Strawinsky : nadie ha podido sacar de las obras maestras de Falla una fórmula utilizable, nadie conseguirá sacar de su marco el estilo del « Amor brujo », su calor interior, su fiebre; su color ardiente, su orquesta que quema, sus ritmos embriagados, su satanismo gitano y su áspera sensualidad. España ha encontrado en él un músico cuyo genio iguala al de sus más grandes pintores clásicos.

Traductor : Cendón

Pío Baroja, iconoclasta

por José VIADIU

DESDE luego, todos los escritores tienen su anverso y su reverso. En especial los que son un poco o un mucho complejos, y cuando se tiene mala intención y el propósito de hacerles decir lo que uno desea, es fácil lograr dicho objetivo. Así como a Nietzsche le salieron algunos críticos que hurgando en sus libros y forzando la nota lo hicieron aparecer como el precursor y teórico del hitlerismo, también don Pío tuvo otro hurgador que buscando en lupa, arañando de aquí y cortando de allá, llegó a trazar un mal libro que se titula «Comunistas, judíos y demás ralea», donde se le señala como el forjador del hitlerismo y del fascismo.

Quien esto hizo no es otro que el histrión de las letras españolas, fascista y cantor y ordenador de la España Azul, que lleva por nombre Giménez Caballero. La verdad es que nos parece el colmo de la audacia presentar a don Pío en esta faz, ya que cualquier persona interesada tiene a mano su obra, iconoclasta, donde nada queda en pie. La crítica acerada contra la política, el Estado, la religión, la estulticia, la hipocresía social..., todo lo más venerado y representativo por los hábitos y tradiciones burguesas, de no importa que lugar, han sido condenados y fulminados, en cada una de las páginas de su prolífica obra y de ella podrían sacarse varios libros demoleedores, concuyentes y definitivos contra todo lo que representa el régimen franquista: espadaones, curas, políticos, banqueros, frailes y demás gentes estultas y avorazadas que forman el cónclave del «caudillo».

BAROJA ANTICLERICAL. — En primer término ahí van unas cuantas muestras de su humor ático y de su profundidad de pensamiento que muestran hasta dónde había calado Baroja no sólo en el conocimiento de la curia, sino también en su relación teológica y religiosa. Todo ello avalado por quien supo mantener hasta el último momento lo que había predicado durante toda su vida, puesto que, en medio de la intolerancia franquista, fué enterrado libremente.

«Una impresión para mí terrible fué que recibí en la catedral de Pamplona. Estudiaba el primer curso de latín y tenía nueve años.

Habíamos salido del Instituto y estábamos presenciando unos funerales. Después entramos tres o cuatro chicos, entre ellos mi hermano Ricardo, en la catedral. A mí me había quedado el sonsonete de los responsos al oído, e iba tarareándolo.

De pronto salió una sombra negra por detrás del confesionario, se abalanzó sobre mí y me agarró con las manos el cuello, hasta estrujarme. Yo quedé paralizado de espanto. Era un canónigo gordo y seboso, que se llamaba don Tirso Larequi.

—¿Cómo te l'amas? —me dijo, zarandeándome.

Yo no podía contestar de terror. —¿Cómo se llama? —preguntó el canónigo a los otros dos.

—Se llama Antonio García —dijo mi hermano Ricardo, friamente.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Curia, número catorce.

No había tal cosa, claro es.

—Ahora voy a ver a tu padre —gritó, y, como un toro, salió corriendo de la catedral.

Mi hermano y yo escapamos por el claustro.

Ese canónigo sanguíneo, gordo y fiero, que se lanza a acogerlo a un chico de nueve años, es para mí el símbolo de la religión católica.

Aquella escena fué para mí, de chico, uno de los motivos de mi anticlericalismo. Recuerdo a don Tirso Larequi con odio, y si viviera, no sé si vive, no tendría inconveniente en ir por las noches oscuras al tejado de su casa y gritarle por la chimenea con voz cavernosa: «Don Tirso, eres una mala bestia.»

«La doctrina del progreso es una superchería para el religioso de verdad. El hombre ha ido de más a menos, según las religiones; ha ido del paraíso a la tierra, de la felicidad al trabajo; el hombre va de menos a más, según la evolución. Comenzó en el antropoide, ha llegado a hombre, puede pasar de hombre. ¿Por qué no? El Espíritu Santo, según el racionalista, está en nuestro cerebro.

«No se puede combatir con argumentos al creyente. ¿Cree? Basta. Nuestra zona no es la suya. Vivimos en otro mundo.»

«La gran defensa de la religión está en la mentira. La mentira es lo más vital que tiene el hombre. Con la mentira vive la religión, como viven las sociedades con sus sacerdotes y sus militares, tan inútiles, sin embargo, los unos como los otros. Esta gran *Maia* de la ficción sostiene todas las bambalinas de la vida, y cuando caen unas levantan otras.»

«Es verdad que en las ciudades se desprecia y se aísla a la mujer soltera; pero en el campo todavía no, y esto depende de que la acción clerical es menor, de que los campesinos tienen una idea más

humana de la mujer, a la que no consideran únicamente por su belleza y su doncellidad, sino también por su carácter y sus condiciones para la vida. En cuanto aparece un predicador jesuita en un pueblo, esta benevolencia desaparece.»

«Roma ha sido la casa de un déspota y de un avaro. Se ha apoderado de todo: obeliscos egipcios, estatuas griegas, cuadros, cosas, hombres. Y en cambio de esto, nos ha hundido en la oscuridad.

«Hoy Roma es un solar muy grande, con grandes vallas, grandes letreros; dentro no hay más que grandes tumbas, magníficas iglesias, que son lo mismo que si fueran tumbas, y unos cuantos monillos vestidos de negro y de rojo, que representan una comedia religiosa.»

«Un periódico tradicionalista la emprendió conmigo, y me llamó ateo, plagiaro, borracho y jumento. Eso de ateo, no lo considere como un insulto, sino más bien como un honor.»

BAROJA DEMOLEDOR. — En las pequeñas notas que siguen mostramos otra fase del «hombre malo de Itzea», del franco tirador, que con su prosa cáustica y precisa va fulminando prejuicios, sin que su juicio insobornable se detenga ante nada para decir su verdad:

«La explicación que me da un anarquista de sus simpatías por Nietzsche, hela aquí: Nietzsche es de los nuestros. Su martillo ha roto en mil pedazos esta losa pesada e imbecil de las preocupaciones burguesas. El ha opuesto al ideal ñoño del hombre mediocre, cantado y ensalzado por el socialismo, el ideal del «superhombre», el carnívoro voluptuoso errante por la vida. Los libros de Nietzsche son la bomba de Ravachol en el mundo de las ideas.»

«La libertad es muy hermosa y muy grande; en el alma del hombre libre y emancipado hay una religión, una patria, un estado, una justicia, todo; y esto le basta al hombre libre, que no necesita para nada una protección social, basada en intereses parecidos a los suyos. Por la libertad están las conciencias; por la democracia y por el socialismo, los estómagos.»

«La mayoría de los españoles se figuran que con afirmar que el español es muy valiente y que el *Quijote* es el mejor libro del mundo, ya están en el vértice del españolismo.»

«Hay hombre muy orgulloso de ser español que, siempre que puede, va a París, viste con trajes ingleses, lee libros franceses y veranea en Biarritz. Uno se pregunta: «¿Por qué este español, a quien

todo lo español le parece malo, estará orgulloso de ser español? Es un misterio.»

«Algunas gentes temen lo que llaman ideas disolventes. ¿Por qué? Gracias a las ideas disolventes, la humanidad marcha. Gracias a las ideas disolventes, el hombre vive hoy mejor que ayer...»

«Que las ideas disolventes nos demuestran que el rey es igual al cargador, y que el fetiche, adornado de coronas y perlas de nuestras iglesias y de nuestras ermitas, no puede nada contra el rayo o contra la peste.»

«Mejor, una mentira menos.»

«Ya basta de crítica, basta de destrucción. Hay que conservar; hay que destruir», nos vienen diciendo:

¿Conservar qué? ¿El privilegio? ¿La barbarie? ¿El prestigio de cuatro desdichados? No. Esto es una ridiculez. No hay que conservar nada; hay que destruir.

La gran construcción de la humanidad, la ciencia, en nada peligra con las ideas llamadas disolventes.

Lo que se bambolea en presencia de la verdad es porque está llamado a desaparecer.

Sólo la Iglesia, que tiene un dogma cerrado, que hay que creer con los ojos también cerrados, tiene derecho para afirmar el absurdo de que hay que conservar tradiciones y prejuicios porque sí; las demás instituciones y sistemas basados en la razón natural no tienen este derecho.»

«La ley actualmente no es, como decía Montesquieu, una tela de araña, en donde se enredan las moscas y que deja pasar a los mos-

• Termina en la pág. 13 •



UN NOMBRE PARA
LA HISTORIA:

RICARDO FLORES MAGÓN

A historia suelen escribirla e interpretarla casi siempre los vencedores o los usurpadores de las victorias. Ricardo Flores Magón no estuvo entre los vencedores de 1910 en México ni entre los que lucraron con la victoria del antiporfirismo. Pudo haber quedado oscurecido y olvidado, como tantos otros en condiciones similares, pero esta vez no ocurrió así. Su nombre figura con honor entre los grandes constructores del nuevo México, se recuerdan con respeto y admiración sus luchas heroicas, su ideología renovadora y se rinde tributo al abanderado de una gran causa. Los amigos que habían sido despertados por su prédica apasionada y clarividente, comenzaron después de su muerte a recoger algunos de sus trabajos dispersos, cartas, folletos, y hasta se hizo un primer ensayo de una biografía para señalar las grandes etapas de su trayectoria. Ese esfuerzo de seis o siete lustros atrás no fué estéril; a él recurren hoy, en busca de información, nuevas generaciones de estudiosos de la historia de México, y produce una cierta satisfacción comprobar cómo se publican en México libros y estudios de investigación sobre el gran combatiente, aquella luminosa antorcha que ardió en la noche de la tiranía de Porfirio Díaz para mostrar a un pueblo encadenado un horizonte de libertad y de dignidad.

Todo lo que se escribe y se divulga hoy sobre Ricardo Flores Magón, nos causa un poco de orgullo y nos da la sensación que se experimenta siempre cuando se comprueba una obra de justicia. Los escasos adversarios del bravo luchador han quedado arrinconados y encerrados en sus odios de partido. Ricardo es para las generaciones nuevas de México una figura nacional respetada y admirada. Era merecedor de ese respeto y de esa admiración y los que ensayaron infamias para empañar su gloria no podrán ya borrar de la memoria del pueblo liberado de México su nombre y sus nobles aspiraciones.

Nació en San Antonio Eloxochitlán de Oaxaca, hijo de un indio puro, Teodoro Flores, y de una mestiza, Margarita Magón, en 1873; murió el 21 de noviembre de 1922 en la penitenciaría de Leaworth, Kansas, Estados Unidos. Del mismo matrimonio nacieron también Jesús y Enrique, el primero compañero de Ricardo en la brega periodística y en las prisiones del comienzo de la lucha; el segundo su colaborador fiel a través de todos los años de la dura batalla. Inició Ricardo los estudios de jurisprudencia, que abandonó en el tercer año para lanzarse a la lucha contra la dictadura porfirista como miembro del

Centro Anarreeleccionista y redactor del periódico «El Demócrata»; ya en 1892 conoció las prisiones del tirano y salió de ellas tan poco domado que el 7 de agosto de 1900 comenzó a publicar en México el periódico «Regeneración» junto con su hermano Jesús y con el licenciado Arnoux. «Regeneración» se convirtió en un poderoso instrumento para socavar los puntales de la tiranía; tuvo una vida difícil, errante, interrumpida por periodos de prisión, pero fué una bandera gloriosa y jamás arriada. Cuando no fué posible publicarla en el país, salió a la luz desde los Estados Unidos, y desde los Estados Unidos hostigó virilmente a los opresores de México y denunció sus crímenes, sus atropellos, sus negocios sucios a costa del hambre de un pueblo. Supo aunar fuerzas, suscitar energías nuevas, sembrar en terreno fértil, rodearse de colaboradores entusiastas y tenaces; muchos cayeron en la brega, como Práxedes Guerrero, muerto con las armas en la mano; otros conocieron los tormentos de San Juan de Ulua o fueron maltratados por los esbirros del dictador, asesinados, obligados a refugiarse en el extranjero, pero los que entraban en contacto con su personalidad vigorosa quedaban fascinados y le siguieron fielmente a costa de todos los sacrificios, como el buen Librado Rivera.

Periodista combativo, manejaba la pluma como un arma de lucha; exhortaba a la rebelión y la intentaba en toda ocasión; supo suscitar grandes movimientos de protesta, levantamientos armados, enfocados por la superioridad del enemigo en armamentos y contingentes. Pero aun vencidos, los magonistas fueron la levadura permanente de la lucha contra el tirano, y aquellas luchas que culminaban en derrotas reiteradas, prepararon el terreno para movimientos de mayor envergadura, como el de Francisco I. Madero. Muchos de los que se distinguieron en la revolución de 1910-11, que incluso llegaron a ostentar altos grados militares, a ser generales del ejército revolucionario, entraron en la vida pública activa en las filas del magonismo y nos place recordar que lo proclaman con orgullo.

A Ricardo se le invitó a volver a México, a incorporarse a las huestes maderistas y otras, pero lo rehusó siempre con dignidad. De la lucha contra Porfirio Díaz supo elevarse al plano de un gran reformador social que veía más allá de la victoria momentánea y del encumbramiento personal. Quedó siempre ligado a su pueblo, pero no quiso someterse ni incorporarse a sus gobiernos. Lo han deplorado algunos sinceramente, porque era una fuerza que habría gravitado sin duda alguna en los

destinos del momento; pero al abstenerse de intervenir en la política cotidiana, quedó su bandera desplegada cara al porvenir.

Muchas de sus ideas fueron llevadas a la Constitución de 1917, pero Ricardo iba más allá de la Constitución. Y mientras los políticos prácticos triunfan hoy y son olvidados mañana, nuestro amigo es cada vez más monitor de la revolución justiciera y libertaria en marcha. Es un triunfo póstumo, pero es un triunfo eterno.

Su oposición a la guerra en 1914, lo llevó a la cárcel en los Estados Unidos y en ella murió, como un león enjaulado, mostrando en todo instante su garra. No es esa la primera mancha, ni fué la última, en el historial de la justicia yanqui.

Diego ABAD DE SANTILLAN



Pío Baroja, iconoclasta

cardones; la ley es la defensa de los fuertes, de los hábiles, de los egoístas. La ley es la que protege al ministro de hacienda X para hacer un negocio de millones de francos; la ley es la que protege al casero para expulsar al pobre; la ley es la que permite al hombre explotar al hombre; la ley es la que reprime al hambriento cuando pide de comer; la ley es la que castiga al vago por el delito de no tener donde trabajar. La ley es inexorable, como los perros: no ladra más que al que va mal vestido.»

EL PATRIOTISMO BAROJIANO.

—Este aspecto de la obra de Baroja va más allá de sus conclusiones que cualquier escritor español hasta el punto de vincularse estrechamente con el acratismo. Es en verdad la concepción de un internacionalista la aversión que siente por el patriotismo y el militarismo, su hermano gemelo, que mayor que las pestes, que la miseria y que el dolor ha sido siempre el peor flagelo destructivo que ha sufrido el género humano.

«Para muchos el patriotismo único es el patriotismo de mentir,

lo que para mí es, más que un sentimiento, una retórica.

Estos patriotas falsificadores suelen contender con frecuencia con unos internacionalistas falsificadores.

— Sólo lo nuestro es bueno — dicen los primeros.

— Sólo lo de los demás es bueno — dicen los segundos.

La verdad nacional calentada por el deseo del bien y por la simpatía creo yo que debe ser el patriotismo.

Alguno me dirá: Este patriotismo de usted no es más que la irradiación del egoísmo y de la utilidad. ¡Claro que sí! ¿Es que puede haber otro patriotismo?»

«Yo soy un antimilitarista de abolengo. Los vascos nunca han sido soldados en el ejército regular. Probablemente mi bisabuelo Nessi vendría de Italia como desertor. Yo siempre he tenido un asco profundo por el cuartel, por el rancho y por los oficiales...»

«Extraer el soldado de la multitud, hacerle olvidar su origen, sus anhelos, su pasada desnudez, sus miserias, su ignorancia, y con-

vencerle de que debe pelear contra el obrero sublevado, contra el que lucha por mejorar la situación de su clase, es trágico. Sólo esos herederos de aquellos esclavos pueden aceptar esto; sólo ellos pueden sentir ese espíritu de subordinación y de disciplina en el ejército y fuera del ejército...»

¿Para qué más? Presentar a Pío Baroja como uno de los teóricos del totalitarismo no sólo nos parece un caso desaprensivo y absurdo, sino, además, también, una gran estupidez. Creo que lo mejor que podría hacer el franquismo, sus cantores y adláteres, es silenciarlo, repudiarlo, puesto que el hablar de ello, aunque sea buscando la faz negativa de su obra, o mejor dicho, lo aprovecharé en un sentido reaccionario, siempre puede servir de aliciente y estímulo, para que en especial la juventud, se decida a conocer su obra y entonces se encuentre con el escritor más personal, más corrosivo de las instituciones burguesas, más triturador de los convencionalismos sociales que han tenido las letras españolas.

José Viadiu

Arte y Artistas



Concepción realista de « Mario », publicada en « SOLI », semanario, y muy elogiada por varios artistas

Pintura fresca y algo más en Barcelona

EN Selecciones Jaimes el pincelista Juan Capella, ya conocido, expone 26 telas de composición muy personal, desligada de influencias de escuela. Los entendidos han acudido para fiscalizarle, puesto que Capella viene precedido de una pequeña fama: la de haber ganado el último premio Montcada - Reixach, distintivo — como todos — peligroso por lo que en adelante obliga. El anónimo puede laborar sosegado, superarse, al margen de la exigencia del público, en tanto el galardonado con obra posterior ha de demostrar si el jurado acertó o si se equivocó en su anterior fallo. Capella no tiene afectaciones, no recurre al efectismo. Pinta sencillamente y en su labor se adivina que va seguro, sin temor, al propósito que le ilumina. Buen paisajista, bueno igualmente en los temas interiores. Depende del gusto del espectador aplaudir o desconsiderar su estilo.

También en Selecciones Jaimes es dable presenciar una lección de escultura, con lo poco que menudean las demostraciones de esta especialidad artística. Se trata del valenciano Bayarri, muy acreditado en el modelaje de bronce, mármoles y maderas. Su labor docente ha sido fecunda (el hombre es anciano). Pero su inquietud ha prevalecido. Frente a las maderas que ahora presenta, nos da idea de que halló fuente de inspiración en los olivares del campo de Mallorca, con sus árboles ora espléndidos, de copa abierta al cielo; ora de tronco retorcido, torturado, dejando entrever motivos de angustia o de sereno descenso. El motivo lo da la naturaleza, corriendo,

el resto, a cuenta de la mano y de la fantasía del artista, religioso en demasía.

Carlos Madirolas se deja interpretar en Syra. Ama la línea trazada a cohete; en verticales y triangulares, no desarmónicamente. Los mediodías parece que le son indiferentes a juzgar por el uso frecuente de grises en azulnoche, de blancos y sienas. Tiene insinuaciones atrevidas para decorado tabiquero a la guacha.

En la Casa del Libro abunda en producciones el acuarelista Leonart (Fernando). Es hombre de andar por puertos, campos, ciudades e interiores. Todo lo ve y todo lo registra, prolijamente, en densidad y detalle. Mérito cabal de Leonart lo es tocar tantas materias sin peligro de «ensaimada», de confusiones de perspectiva. Es como el artesano que igual construye un reloj que una mesa, un jardín que una casita, sin perder de vista el matiz de cada propósito.

Ernesto Santassusagna expone en Grifé y Escoda una copiosa colección de telas, prueba evidente de su capacidad creadora y de trabajo. Hay que vivir sólo por la pintura para conseguir realizaciones de tal naturaleza. Porque al número de lienzos concurre la minuciosidad en las ejecuciones. En verdad, éstas corresponden a diversas épocas, marcando la evolución y la consecución de un carácter de artista. Pero incluso los bocetos de Santassusagna son apremios de destino, empuje hacia la obra acabada; quiérese decir, perfiles profundamente meditados antes de ser emprendidos. Uno de los méritos indiscutibles de este artis-

ta: el retrato, en cuyo género, como Callicó, es inconfundible.

Sala Parés. 23 piezas del pintor Pedro Pruna, quien se pirra por las jóvenes delgadas, sutiles hasta la desaparición material. Rostros que hablan, de agradables y puros. Tal vez esto dice que para el artista la faz es el espejo del ser, que el rostro es lo más encendido y vital de la persona. Tanto le atrae la faz humana, que el cuerpo se diluye líneas abajo hasta extinguirse en suave declive. Visto, pues, que la condición figurativa de Pruna es la elegancia; pero tan ingravida como un soplo de cielo.

Camps Dalmases, del que mucho se viene hablando, se adentra en el paisajismo clásico en Galerías Augusta... dentro del concepto impresionista. Su pincelada sigue siendo franca y el objetivo claro. No le cuaja la niebla de la duda, ni le interesa el velo que encubre lo que es. Camps Dalmases tiene predilección por la comarca de Ceret, de la cual roba luz para sus cuadros.

Subirach expone en Galerías Jardín sus abstracciones sin duda atrevidas. Esculturas por más señas. Esteta acreditado, deja florecer por aquí y por allá creaciones indeterminadas, adivinaciones azarosas, pero que se contemplan con recreo de espíritu. La sensibilidad del público entendido en arte nuevo — entre el cual no figuramos — puede — así lo creemos — eludir situaciones embarazosas por estar adecuada a la

época. Sin embargo, estimariamos, ante producciones de interpretación voluntaria, el regalo de una coincidencia entre capaces, o algunos de entre ellos. Dicho lo cual no tenemos inconveniente en proclamar el talento del escultor Subirachs.

La firma más pagada y propagada de hoy es sin duda alguna la de Durancamps, pintor de idolatrías y en estado de egolatría, cuya aureola parece palidecer un poco cada vez que el carro regimental (el de Franco) se atasca o le quiebra un radio. Pudiendo ser artista estimable se empeña en resultar un hombre-fastidio. Al gregario Galinsoga le confiesa que 20 años de peste franquista le han devuelto «la paz espiritual y la tranquilidad interior». El franquismo le ha aumentado el nivel de vida (¡a confesión de parte!) y el ahorro para un mañana mejor. ¿Para un mañana mejor? Para el pueblo, indudablemente; para Durancamps y demás canes de la gitanería franquista, pulgas y palos; es lo más probable y pertinente. Su recuerdo más «heroico» de la guerra civil española es una paella de arroz que se tragó, «en feliz banquete», el 26 de enero de 1939, precisamente en los instantes de mayor dolor, hambre y exterminio que sufrió el pueblo en aquella época. ¿Qué va a exponer en «arte veraz» Durancamps que no sea la importancia longitudinal de sus adorados intestinos? — C.

Las nuevas normas de prosodia y ortografía

MADRID. — La Academia de la Lengua ha publicado el texto definitivo de las nuevas normas de prosodia y ortografía, declaradas de aplicación preceptiva desde el 1 de enero del año actual. Entre las reformas, figuran como más importantes: Se permite la simplificación de los grupos iniciales de consonantes en las palabras que empiezan con «Ps», «Pn» y «Gn».

Se acepta el empleo de las formas contractas «remplazo», «rebolso», etc., que en el diccionario figuran con doble «e».

Cuando un vocablo simple entre a formar parte de un compuesto, se escribirá sin el acento ortográfico que, como simple, le habría correspondido: «decimoséptimo», «asimismo», exceptuándose de esta regla los adjetivos y adverbios en «mente», que se pronunciarán y escribirán marcando en el adjetivo el acento que debiera llevar como simple: «ágilmente», «cortésmente».

En los compuestos de dos o más adjetivos unidos con guión, cada elemento conservará su acentuación prosódica: «histórico-crítico-bibliográfico».

Los infinitivos en «uir» seguirán escribiéndose sin tilde como hasta hoy.

Se establecerán como normas generales de acentuación las siguientes:

a) El encuentro de vocal fuerte tónica con débil átona o de débil átona con fuerte tónica forman siempre diptongo, y la acentuación gráfica de éste, cuando sea necesaria, se hará con arreglo a lo dispuesto en el número 539, letra E) de la gramática.

b) El encuentro de vocal fuerte átona con débil tónica, o viceversa, no forma diptongo y la vocal débil llevará acento ortográfico sea cualquiera la sílaba en que se halle.

Los vocablos agudos se escribirán sin tilde; y los nombres propios extranjeros se escribirán en general sin ponerles ningún acento que no tenga en el idioma a que pertenezcan, y se declara que la «h» muda colocada entre dos vocales ni impide que éstas formen diptongo.

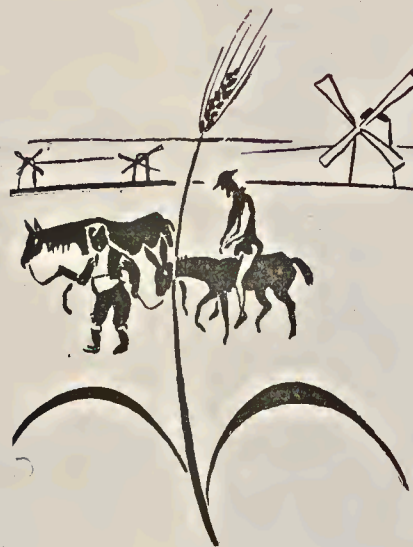
LA LOCURA DE DON QUIJOTE

II

SOBRAVA todo ello para alterar la conducta del manchego poniéndole en perpetua exaltación rayana a veces en furor; no dudando jamás de su fuerza física ni de su infalibilidad de criterio como tampoco de su misión extraordinaria contra follones y encantadores, su arrogancia y tenacidad tocan en la ceguera misma: «Yo sé quién soy y sé que puedo ser, no sólo lo que he dicho, sino los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventurarán las mías». No sorprende que con tan al idea de sí mismo, diga y haga los mayores absurdos. Después de la batalla con el vizcaíno, pregunta a Sancho si ha visto caballero más valeroso en todo lo descubierto de la tierra; cuando se apresta a tomar venganza de los yangüeses que han apaleado a Rocinante, contesta el escudero que no importa su mucho número pues vale él solo más que ciento, y así le cuesta su bravata; y cuando va, maniatado en la jaula, espeta al Canónigo el siguiente elogio de sí mismo, acaso el más hiperbólico de cuantos frecuentemente brotaban de sus labios: «Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria sino de aquellos que, a despecho de la misma envidia y de cuantos magos crió Persia, braçmanes la India, ginosophistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el tiempo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quieren llegar a a la cumbre y honrosa alteza de las armas».

Pensando así, no podían arrearle las potencias humanas, mágicas, salvajes, ni infernales. Humanos eran que arremetió y humano el escuadrón de Alifanfarón los treinta y tantos desaforados gigantes contra los en que se encontró en auxilio de Pentapolín del arremangado brazo; mágicos los batanes, cuyo pavoroso retumbar en la noche solitaria soportó hasta que llegada el alba emprendiese la aventura, mientras Sancho se ponía a maoler y motivaba la escena tragicómica no exenta de caballeresca dignidad; salvajes las potencias de la más desatentada aventura — y de todos, a fe, la más gloriosa — cuando abre la puerta a los leones, con épica y espantadora insensatez: «¿Leoncitos a mí? ¿a mí leoncitos, y a tales horas?; pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy hombre que se espanta de leones». No comprende, en fin, que quien no teme a los hombres, a los vestigios y a las fuerzas, la quiera emprender con el demonio mismo, cuando cree que éste es quien le ha sacudido con vejigas el jumento, en la ocasión de toparse amo y criado con la bofiganga de Angulo el Malo.

Ese exaltado heroísmo se turna con verdaderos accesos de furor



maniaco, como en la pelea contra los cueros de vino o en la función de los títeres, y también cuando Madásima, y otras más veces en el curso de las aventuras. Esos raros episodios de confusión mental, o de enfurecida ceguera, no alteran sin embargo el rasgo esencial de su psicopatía: la lucidez en el razonar, que en toda oportunidad persiste, dando vigoroso relieve a sus interpretaciones delirantes. En pocos, muy pocos momentos, el hidalgo olvida la lógica de su delirio; así cuando los Duques se sientan a su mesa y Don Quijote escucha con severa dignidad los reproches que le hace el eclesiástico, tratando de locuras sus ideas y sus actos. ¿Cómo lo tolera? ¿Quijote es, por un momento, Quijano? ¿O será que el fausto del medio y el rango de los personajes pueden más que su delirio mismo, y le imponen cierta humilde continencia que nunca gasta con personas de alcurnia inferior? No es simple respeto por la autoridad, pues jamás la tuvo por la seglar ni por la eclesiástica, aunque con esta última no halló ocasión de reñir como con la otra; pero el hecho es que quien a campo abierto soltaba malandrines y forzados que marchaban a galeras, en casa de los duques parece recobrar un instante la cordura de su antiguo estado y soporta el responso más cejijunto que nunca atormentara los oídos de caballero alguno.

**

Habría que transcribir cien párrafos para dar idea total de los síntomas y manifestaciones psicopáticas que analiza Cervantes en la novela. Aunque todas se desenvuelven en torno de la monomanía caballeresca, dos merecen especial mención, por su manera de exteriorizarse y por su valor clínico particularmente significativo.

Primera es la erotomanía, en que se expresa el amor de imaginación pura, llamado amor platónico. Fuerza es decir que independientemente de Dulcinea, el sinto-

ma existe en Don Quijote como simple consecuencia de su megalomanía. Siendo tan alta la idea de su propia superioridad, encuentra natural que las mujeres todas se prenden de él y muy a su pesar; así cuando oye el canto de la Altisidora, da el caballero un triste y grande suspiro de condolencia por la infeliz que de él presume enamorada: «¡Qué tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore!» Es el mismo erotomano que había desengañado con apuestas palabras a la hija del ventero, suponiéndola enamorada también: «Y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosela en continente, si bien me pidiédeses un guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todas culebras o ya los mismos rayos del sol, encerrados en una redoma». Ese sentimiento erotomaniaco es, como vemos, un aspecto particular de las ideas de grandeza que perturban su personalidad; es el complemento de la monomanía caballeresca, pues caballero sin dama no había ninguno que tuviese aventuras en la crónica de caballería que le traían desvencijado el magín. Por eso cuando Vivaldo le insinúa que pudo haber caballeros que no estuviesen enamorados, el hidalgo repone con presteza que «eso no puede ser; digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halla caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviere sin ellos, no sería tenido por legítimo sino por bastardo, que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta sino por las bardas, como saltador y ladrón». Justo fué que quien tal pensaba no emprendiese sus andanzas sin antes

votar sus aventuras a una dama fantástica; tanto lo es que él mismo no está bien seguro de haberla amado, pues cuando despide a Sancho en Sierra Morena, para que le lleve una carta de amores, dicele con vaguedad «hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido mirar, y aún esto tan de cuando en cuando que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbré destes ojos, que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba». He aquí, en un solo párrafo, toda la psicología de erotomano característica inconfundible amor de la imaginación, sin la menor complicitad con los sentidos. Y como Sancho se atreviera a deducir, en casa de la Duquesa, que ni Don Quijote ha visto a la Dulcinea, ni ésta más que una «dama fantástica» que el hidalgo engendró y parió en su entendimiento, el amoroso caballero que no se decidió a mentir al rebatirle: «En eso hay mucho que decir. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo; o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar a cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea: una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más granor de perfección que en las hermosas humildemente nacidas».

Esos son relámpagos de relativa razón en su delirio. De ordinario, Don Quijote no duda de que ella existe y si dudara no fuese caballero, oponiéndose sobre tal punto al dudar del propio Sancho; y como éste a veces no es respetuoso, le impreca: «pues no lo penséis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, bellitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, y ¿quién pensáis que ha ganado este reino, y cortado la cabeza a este gigante, y héchoos a vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida, y ser».

● Pasa a la página 17 ●

Horizontes de Holanda

Paris Amsterdam a marcha de exprés



En la Gare du Nord el tren estaba ya formado, alineando una larga cantidad de vagones. Algunos llevaban en su parte exterior un cartel donde se leía: «Bruselas-Amberes-Rotterdam-Amsterdam». Subí en uno de los coches instalándome en un compartimiento donde había ya siete ocupantes: Un matrimonio suizo, ambos jóvenes. Encantados del paisaje de España, según me explicaban, charlando, en el curso del trayecto. Iban a la Exposición Internacional, de Bruselas. Otros, al parecer, matrimonio, eran irlandeses; ambos rubios, altos y delgados. Ella leía, en edición francesa, la conocida y discutida obra de Lawrence: «L'Amant de Lady Chatterley». De vez en cuando se dirigía a él para leerle unos párrafos y agregar un comentario. El marido debía ser de un temperamento flemático, pues apenas si contestaba otra cosa que breves monosílabos, quieto y mirando el techo del coche, como abstraído en las musarañas. Los otros eran españoles, dos mujeres y un hombre; un matrimonio con una hermana de ella. Iban también, como los suizos, a la Exposición de Bruselas. Por lo que pude oír, se trataba de tenderos algo acomodados. Deduje que eran de esas gentes de espíritu mediocre, que van de acá para allá sin otro objeto que el visitar lugares renombrados para hacerse fotografiar en ellos; adquiriendo también muchas postales, en plan de deslumbrar a las amistades, haciendo gala de sus viajes y visitas. De los demás, pocos datos de su vivir —que nada me importaba— llegaron a mi oídos. De ellos, madrileños los tres, pude enterarme, con pelos y señales, a lo largo del trayecto hasta que llegamos a Bruselas de todas las características de la familia: de su vivir; de sus proyectos. Todo cuanto llevaban en su interior lo iban vertiendo, en catarata de palabras.

Silbó la locomotora, dió el tren una leve sacudida, y se puso en marcha primero con lentitud y, poco a poco, tomando aceleración hasta desarrollar la velocidad del tren exprés. Cruzamos la «banlieue» de París: Prosaicos edificios fabriles con chimeneas ennegrecidas por el humo. Saint Denis. Todo un laberinto de raíles. Acá y acullá hileras de vagones de mercancías. Luego fueron apareciendo algunos huertos, secos, polvorientos. Después grandes bloques de viviendas de varios pisos, todos iguales, construcción rígida, de un aire cuartelero. Recordé unos versos de Fernández Moreno:

*Setenta balcones hay en esta casa,
— setenta balcones y ninguna flor... — A sus habitantes, Señor,
¿qué les pasa? — ¿Oñan el perfume,
oñan el color? — La piedra desnuda de tristeza agobia, — ¿dan una tristeza los negros balcones!
— ¿No hay en esta casa una niña novia?
— ¿No hay algún poeta boba de ilusiones?*

Avenida de álamos junto a unos prados. Una colina destacando en el paisaje. Al pie de ella campos de un verde claro. Paralela a la vía, una carretera muy transitada por automóviles y camiones. Campos en barbecho, con el trigo segado y agavillado dispuesto en montones. Un bosque de árboles jóvenes, espaciados. Pequeñas alquerías desperdigadas por el campo. Pasamos, sin detenernos, por reducidas estaciones. Algunas tenían la forma de lindos «chalets» suizos. Otra vez nutrido conjunto de vagones, vías; todo negro de carbón. Algún apartadero destinado a la clasificación ferroviaria. Otra vez campos. A lo lejos la torre de una iglesia, dorada de sol. Pasamos por San Quintín, que tiene su renombre en la Historia.

Un terreno accidentado, montañoso. Luego, en suave declive, otra vez el llano. Tinglados con muros cubiertos de yedra. Bosques en lontananza. Algún prado con vacas pastando. Cruzamos por una loca-

lidad industrial, Hautmont. Fábricas en el contorno; fundiciones junto a montones de carbón y de lingotes de hierro o acero. Todo pasó rápido. Luego un riachuelo, unas granjas, patos y gallinas en corrales cercados de cañizos.

El tren corría ya en tierras de Bélgica, bajo un cielo de color plomizo, triste. Unos terraplenes con yerbajos secos. Paisaje brumoso. Nos encontrábamos en Mons. Pasó por los compartimientos del tren la policía de fronteras revisando pasaportes. Requisitos aduaneros. El tren estuvo parado unos momentos. Otra vez en marcha cruzando tierras a una velocidad vertiginosa.

Notábase que nos hallábamos en un país bastante poblado. Por la ventanilla del coche iban desfilando pueblos y aldeas. No se veían casas bonitas. Daban la sensación de estar avejentadas; sin esmero en el cuidado de ellas. Una extensa llanura de un color pajizo. Campos de remolacha. Caminos acá y acullá, cruzando el paisaje. Unas grandes fábricas de cemento entre una densa atmósfera polvorienta. Cruzamos una importante población sin que en ella hiciera alto el tren. En el confin del horizonte urbano destacaban unas torres de iglesia. Otra vez la llanura con prados escuálidos. La máquina del tren iba despidiendo humo, lo que hacía aún más feo el paisaje, ya de sí poco atrayente.

De pronto, brusca transición ambiental: apareció una estación de villorrio con profusión de flores en bien cuidados parterres. Nota gayana en un paisaje gris, monótono. Se veían granjas de un aire destartado. Mujeres y chiquillos se paraban a mirarnos, saludándonos con la mano. Posiblemente, como decía Baroja, hay en estas gentes sencillas del campo que se detienen a mirar el paso raudo de los trenes, una cierta tristeza, por considerar más dichosos que ellos a los que viajan, cuando posiblemente la felicidad está en los que

se quedan; en los que viven su vida, simple, sencilla, sin tráfgos mundanos.

Grandes montones de escombros junto a edificios de fábricas de un aspecto terroso. Unas hileras de álamos puntiagudos atravesando los campos. Vacas gordinflonas, de un sucio color de canela, pastando en algunos reducidos prados.

Se notaba que entrábamos en una gran ciudad. Pasamos por un apartadero de vagones, con vías cruzándose en todas direcciones. Vagones cisternas. Unos enormes depósitos en forma circular. Grandes masas de edificios de tipo industrial. Por algunos rótulos en carteles de anuncios, deduje que nos hallábamos en Bruselas. Enormes gasógenos. Obreros trabajando en las vías. El tren iba moderando su marcha. Chimeneas fabriles, negruzcas de hollín. Barriada con casas para obreros. Paró el tren. Nos hallábamos en la estación de Bruselas-Nord.

Estuvimos un buen rato en espera de que el tren prosiguiera su ruta. Al cabo se puso en marcha, cruzando unos túneles iluminados de trecho en trecho. Tras de los túneles, de nuevo hicimos alto en otra estación muy animada. Y otra vez a correr. Más fábricas. Un canal, con barcazas y grúas en ambas orillas. Pasamos frente a la fábrica Renault, formidable conjunto industrial. Un cementerio con gran variedad de apiñados mausoleos. Otra vez los campos. El tren corría kilómetros y kilómetros, cruzando un paisaje igual, monótono.

De nuevo podía deducirse que llegábamos a una importante ciudad. Jardines y viviendas bonitas entre los campos. Calles espaciales, bordeadas de arbolado. Grandes cobertizos y almacenes. Unas torres puntiagudas destacando de un denso conjunto urbano. Fábricas y talleres; chimeneas punteando por todas partes. Nos hallábamos en Amberes. Manzanas de casas que no ofrecían mal as-

pecto. El tren hizo alto unos minutos, y de nuevo se lanzó a recorrer kilómetros a toda velocidad.

Pasamos la frontera entrando en tierra holandesa. En Luchabal, de nuevo las formalidades policíacas y aduaneras. Ahora ya se percibía en el paisaje, en el ambiente, como una mutación apreciable. Más agradable, más cuidado todo, como si fuera más nuevo que todo lo anterior. ¡Y una llanura inmensa! ¡Todo llano!

Cruzamos Roosendal, ciudad importante, con bosquecillos en sus alrededores. Muchas viviendas en construcción. Casas de un color rosado y otras de un tono azul pálido, precedidas de lindos jardinillos. Generalmente, existe una etapa de la vida en que se anhela el sosiego en una agradable vivienda, con la que se junta también, gracias a un huerto o un jardín, el contacto con la natura. Ha sido ideal arraigado entre los obreros manuales y los intelectuales. Un renombrado político catalán: Francisco Maciá, tenía como divisa fundamental en su programa el ofrecer, para un prometedor futuro, a cada familia, la casita y el huertecillo («la caseta i l'hortet»). Es lo que parece hayan conseguido ya esos holandeses, cuyas viviendas, huertos y jardines, ofrecen una nota gayana en la placidez del paisaje.

Campos dilatados sembrados de patatas. Al pasar por una pequeña estación una joven holandesa, rubia, nos saludó sonriente. Calzaba zuecos y llevaba esa cofia blanca que corresponde a la imagen pintoresca que se presenta, fuera de Holanda, en relación a las holandesas. Vacas en parcelas de prados, cercados con postes y alambrados. Cielo de un azul claro, sin nubes. Tierras pantanosas con agua encharcada. Divisamos el mar en lontananza. Alternando con los prados, en donde pastaban las vacas, terrenos sembrados de coles, de remolacha, de patatas. Plantaciones de arbolado. La graciosa estampa de unos cisnes, de nítida blancura, solazándose en un estanque. Al borde de una carretera jugaban unos niños. Se les veía limpios, sanos, jugando incluso sin el aire atolondrado, brusco, que hemos notado en los niños de otras partes.

Seguramente el país es pequeño, pero muy poblado: Se cruzaban con frecuencia urbanizaciones de casas sencillas pero de agradable aspecto. Un amplio canal que debía desembocar al mar. Luego una ciudad. En sus alrededores jardines y bastantes campos de *basquet-ball* con niños y adultos jugando en ellos. Las casas con el techo inclinado. Rebaños de ovejas en los mismos prados que las vacas: →

por FONTAURA

Horizontes de Holanda



Llanura, siempre llanura hasta el alcance de la vista. Recordaba los versos de Verhaeren:

*C'est la plaine, la plaine
Immensement, à perdre haleine.*

Un molino, viejo, derrengado, junto a una casa de labor en torno a la que picoteaban aves de corral. Aldeas, casas de campo aisladas en la llanura inmensa. Estos pueblos y aldeas de Holanda dan a sensación de vida sana, limpia, estable.

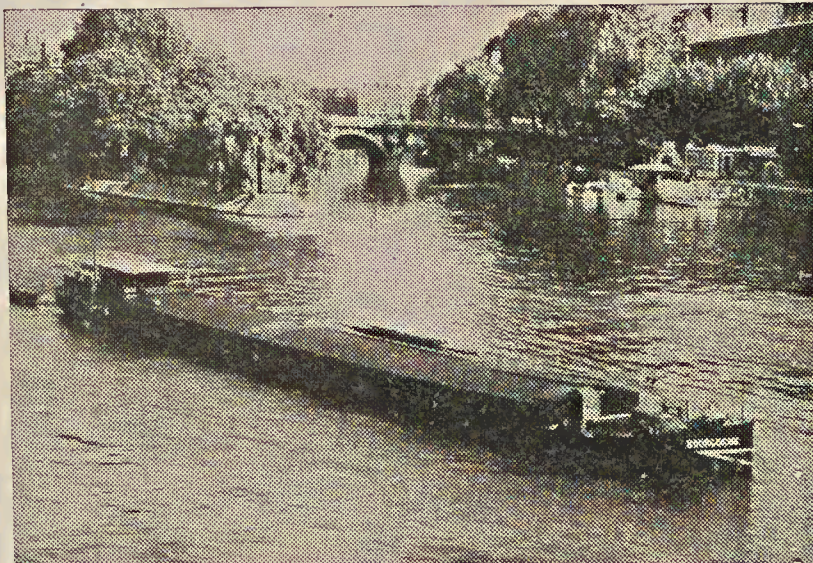
Aledaños de una gran ciudad. Muchas vías, vagones, cobertizos de estación, depósitos, grandes almacenes. El tren amortiguó la marcha y entramos en la estación de Rotterdam. Tras de unos minutos de descanso, de nuevo en marcha, observando por la ventanilla buena parte de la ciudad.

Un templo, grande y antiguo, que debió ser bombardeado cuando la ocupación alemana, en la última guerra, estaba en vías de restauración. Calles anchurosas con mucho tránsito de vehículos. Se notaba la importancia del puerto de Rotterdam, descollando a lo lejos frente a la anchurosa franja azul del mar. Destacaban muchos mástiles de buques anclados. Un gran canal desembocando al mar. Avenidas anchurosas. Atrás fué quedando la ciudad. De nuevo aparecían los prados con muchas vacas, apacibles, calmosas.

Pasamos por Delft, la villa en que nació y vivió Vermeer, inmortalizada en uno de sus mejores y conocidos cuadros. Luego cruzamos Den Haag, ciudad populosa con calles espaciosas, ofreciendo toda ella un magnífico efecto de urbanización.

Y de nuevo los prados, poblados la llanura sin fin de nutridos rebaños de vacas, de color rubio o negro con manchas blancas. Ese paisaje es el que hemos notado en bastantes cuadros de Paul Potter. Van Ruysdael y otros maestros de la pintura holandesa. Ofrecen una sensación de paz, de vida sosegada.

Atravesamos, a toda velocidad, poblaciones que tenían el aire de ser importantes. Se veían fábricas, edificios de tipo comercial o industrial. Todo tenía un tono agradable por su construcción. Cruzo ante los ojos un molino grande de aspas inmóviles, parecía nuevo, como recién pintado. Consideré que tan sólo debía servir como efecto



Por el canal se deslizan, lentas, algunas gabarras...

decorativo, ya que no se notaba tener desgaste alguno por el trabajo. Un canal paralelo a la vía férrea. Junto al canal un molino, muy derrengado, con largas y anchurosas aspas. Por el canal se deslizaban, lentas, unas gabarras. Campos y prados. Campesinos estercolando el terreno. Sensación

de vida plácida y patriarcal.

Cruzamos la ciudad de Haarlem. Casas bonitas, pintadas de rojo, azul celeste, verde, anaranjado, de combinaciones de colores agradables a la vista. Jardines para niños, con diversos juegos. Unos canales, luego huertos de manzanas. Al salir de la ciudad, grandes exten-

siones de terreno dedicado al cultivo de flores. En estos dilatados campos destinados a la floricultura, abundaban particularmente los tulipanes de diversos colores. Se veían pabellones acristalados, provistos de chimeneas, para la calefacción, al objeto de preservar las semillas de las inclemencias del frío. Resultaba sumamente agradable el contemplar, pese a la rapidez de la marcha, los múltiples colores de las flores destacando acá y acullá.

Se veía algún molino, alto, corpulento, con las alas inmóviles. Atravesábamos la llanura, recorriendo kilómetros y más kilómetros, sin que se distinguiera ninguna colina, sin que apareciera la menor ondulación del terreno. Vacas, muchas vacas por todas partes, casi todas del mismo tono blanco y negro.

Conjunto de viviendas se veían a ambos lados de la vía. Luego innumerables casitas, y a modo de barracas de madera bien hechas, rodeadas de jardín. Se notaba que llegábamos a una gran ciudad. El tren iba moderando marcha. Cruzamos unos canales. Penetramos en un laberinto de vías férreas, con vagones por doquier. El tren iba con lentitud, hasta que se detuvo. Habíamos llegado a la Central Station. Estábamos ya en Amsterdam.

FONTAURA

* La locura de Don Quijote *

● Viene de la página 15 ●

Siendo tanto su amor, no es sorprendente que se acompañe del sufrir, que amor y pena son paralelos en la imaginación como en los sentidos. Por eso, apenas hubo salido de su casa, termina su soliloquio con palabras de amante dolorido: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegáos señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece». Todas las veces que la alude, es con metáfora o mediante comparaciones, no gustándole descender a detalles precisos; así cuando la Duquesa le pide que se la describa, se limita a declamar que es pedirle imposibles, pues ni le bastarán los pinceles de Parrasio, de Timantío y de Apeles para hacerlo, ni los buriles de Lisipo para grabarla en tablas, en mármoles o en bronce, ni la oratoria de Cicerone o Demóstenes para alabarla.

Tal debía ser, por otra parte, para que le inspirase tan altos hechos y pusiese en su corazón tanto valor en la hora de defender su

fama y primado. A los mercaderes toledanos los detiene con alaridos: «Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso»; y en cien ocasiones, como

cuando se cree tentado por Altisidora enamorada, jura y rejura que ninguna logrará sacar de su corazón el amor de Dulcinea, porque ninguna podrá con ella compararse en hermosura, gallardía, honestidad, linaje y discreción.

Libro de interés histórico:

Crónica de un revolucionario

Con trazos de la vida de Fermín SALVOCHEA

Debido a la experimentada pluma del Doctor Pedro VALLINA y prologado por el director de este Suplemento Literario.

Un tomo en octavo conteniendo 136 páginas bajo cubierta de presentación esmerada.

Precio: 280 francos, con el 15 % de descuento a partir de cinco ejemplares.

Pedidos a Roque LLOP — 24, rue Ste-Marthe, Paris X^e





«El misterioso señor N»

MADRID, Teatro de la Comedia. «El misterioso señor N», de Carlos Llopi, ha sido puesto en evidencia por la compañía Ismael Merlo. Llopi — no el señor N — es un joven desbordante de imaginación y... tecnicista, gaje moderno para encadenar a los públicos en la cosa de agrado dudoso que no se osa discutir. Las escenas de esta pieza intrigan, sorprenden, terminando por desatar risa mecánica en el público. Entendemos que del argumento cómico-policíaco del misterioso señor, el autor podía sacar mejor partido.



Ahora «¡No!» sin señor misterioso en el Reina Victoria, con Calvo Sotelo por autor y Rafael Rivelles y Amparo Martí por rey y reina del tablero escénico. Dos actos con un epílogo (modalidad oenocentista que renace), sintetizando una nonada que a Calvo le deja un poco más acá de su «Muralla». Lo más apreciable de «¡No!», unos rasgos de humor bien colocados. En cuanto a los aplausos finales, a Calvo Sotelo no le engañan. Sabe que «lo cortés no quita lo valiente» sigue en vigencia.

Teatro Lara ha dado a conocer que «El amor es un potro desbocado», según la obra de Luis Escobar. Entra en escena nada menos que el Cid Campeador, y el público tiembla por sí al Gran Capitán le da por enfadarse con la clientela de taquilla. Inevitable, la verborrea altisonante del héroe que está seguro de que no existe enemigo capaz de matarlo. Asoma Jimena, e idilio heroico al canto. Espadazos, y el suegro que no quiere serlo sale malparado. Otras inconveniencias sociales se imponen, y ante la fuerza de la espada cidesca también resultan pulverizadas. Ya está bien la consecuencia. Pero, siendo tan adecuada la pareja actual para un fin parejo ¿para qué sacar al fatigado don Rodrigo de su sarcófago? María Cuadra muy digna en «Jimena», pero a Julio Núñez el arnés le vino un poco ancho.

«Que pasen buena noche» ha sido un buen deseo de Soriano Andía manifestado en el Cómico merced al talento... ídem de Rafaela Rodríguez, Aurora Redondo, José Alfayete y Paco Arias, entre otros. Se trata de un sainete con buen arranque, pero que durante la ac-

ción se va desarticulando como si fuera a dar independencia total a cada artista a fin de que el conjunto de personajes sueltos propiciara un ritual de obra diverso del entrevisto en un principio. Si es ensayo puede pasar. Si no, a sujetarse a las leyes de la arquitectura teatral literaria.

Y como el teatro propio no da para más, entremos — ya que nos entran — en el cercado ajeno.

«Escena», Teatro de Ensayo, ha presentado dos obras en su tercera temporada, o reincidencia. Ellas han sido «El Panteón» de Ghelderode, y «El profesor Tarana», de A. Adamov. Teatro de vanguardia, podríamos decir si la vanguardia no estuviera desacreditada por tanto autor retaguardista, zagueiro; teatro metafísico, a juzgar por esa tendencia patológica (pánico de vivir) nacida al fin de la 1ª guerra mundial y acrecentada extraordinariamente por los efectos psicológicos de la 2ª y — ¡ay! — no última conflagración orbiana. A nuestro entender fué más sabio y profundo el escepticismo eslavo de siglo por el fondo moral que lo distinguía, al revés de la filosofía actual, hija del pánico y no de concepciones ecuanímente elaboradas. Ambas obras están traducidas por Elías Amézaga y estuvieron conducidas por Victórico Fuentes.

«Indiscreciones», de Norma Krasna, concitan a los indiscretos para engañarlos. Nada se revela en esta obrita juguetona, movida, pero sin jugo. La acción — besos, fugas, picardías y otras gatunerías — es demasiado conocida para intrigar o interesar particularmente a nadie. La mujer coqueta a estas alturas ha agotado sus recursos seductores, las estrategias del quiero y no quiero. Necesita, la muchacha 1959, un enamorado 1859 para darse palma de triunfo antes de llegar a los 35... El retozo, la sutileza de hoy no valen lo que el irresistible guiño femenino de ayer, a veces traicionero. Si en la lucha del «sí» y el «no» se ha de entrever la pron-



«Le temps d'aimer et le temps de mourir»

LA carencia de producción en lengua española nos coloca ante la pantalla norteamericana. De ella lo que más nos ha atraído de su programa parisino es esta obra de Eric Maria Remarque, autor de «Sin novedad en el frente», que tanto favor de los públicos obtuviera después de la guerra mundial primera.

Según la frase manida, «nunca segundas partes fueron buenas». Si a veces ese decir es de acierto dudoso, esta vez parece que no tanto. Sin embargo, el tema hay que clasificarlo de antiguerrero, del mismo fondo humanista que «Sin novedad en el frente».

Aparte amorios — imprescindibles en la vida del hombre, y vétrebra del cine actual — «El tiempo de amar y de morir» presenta una novedad estimable para el público aliado, o churchillista: la del soldado alemán enemigo del sistema hitleriano. Esto, que en Alemania no causará ninguna sorpresa, fuera de ella nos sume en preocupaciones por haber sido el caso, entre nosotros, de una Alemania enteramente nazificada, que tal dieron a comprender propagandas dirigidas y que con tanta impremeditación nosotros absorbimos debido a la «creencia general» de la que, quiérase o no, formamos parte.

Lo que nos ha salvado a algunos a guisa de entes internacionalistas, ha sido sin duda el conocimiento de la minoría rebelde, de la filosofía ácrata alemana, que han dejado huellas de su paso a través de los tiempos, pudiéndose citar a los mártires de Chicago, adelantados de la famosa jornada de 8 horas; a Juan Most, Rodolfo Rocker, Gustavo Landauer, Eric Müsham... El propio Heine podía haber entrado en el corazón de su pueblo con sus dramáticas melodías, igual que Beethoven, Goethe y tantos otros!

Pero, en 1914, como en 1933-39, como si el pensamiento y las exquisiteces de los grandes hombres se hubiesen disipado. Terminado el concierto, de la música sólo queda el recuerdo. De los revolucionarios fin de siglo, pocos o ninguno quedaban; Rocker corría el exilio, Landauer había perecido en

ta fusión cordial de ambos litigantes, no vale la pena acudir al teatro. Que los enamorados se entiendan al margen de los públicos, que se den hijos y vivan felices. Es la vida. Y si la vida no pasa por el teatro, no se comprende lo que vamos a aprender en el mismo. — C.

manos de la reacción socialdemócrata, y Müsham aguardaba turno para ser asesinado por SS en un campo de reses humanas. Quedaban los anónimos en medio de una población horrible, electrizada por un loco y ya capaz de todas las dejaciones. Nunca pueblo en la tierra como el alemán había sido introducido en la lógica marxista, y nunca como en 1914 y 1933-39 pudo verse la poca consistencia moral del marxismo. En el ejército del kaiser y del nacionalsocialismo los pueblos han visto siempre la encarnación de las tropas de Atila. ¡Salvemos, empero, las minorías!

«El tiempo de amar y de morir» puede verse por lección humanista bien intencionada. Además no es un film truculento. Por encima está bien representado y tiene también, sus visos de producción vanguardista. En la acción destacan John Gavin y Liselotte Pulver. El realizador — afortunado — es Douglas Sirk. Viendo «El tiempo de amar y de morir» no se pierde el tiempo. Razón darán de ello los compañeros que lo presencien.



NOTICIARIO

FALLECIO en Barcelona a la edad de 93 años el pintor Carlos Pellicer Rouvière. En París había sido discípulo de Bouguerau y de Ferrier. Trabajó mucho; pero poseía demasiadas decoraciones.

El Circo Price de Madrid ha cumplido cien años.

Un doctor López Ibor se ha especializado en la literatura terrorífica. Algunos comentaristas lo presentan como un nuevo Edgar Poe.

De paso para París dió un concierto en el Conservatorio del Liceo la pianista argentina Cora Aguirre. Programa escogido: Bach, Brahms, Chopin, Bebusy, J. Aguirre y Katchaturian.

Círculo de Escritores Cinematográficos, Madrid. Calificaciones de premios para 1958:

Mejores películas españolas: «Distrito V», «Aquellos tiempos del cuplé», «La violetera», «Los clarines del miedo» «La murala».

Mejores directores: Julio Coll, Fernando Fernán-Gómez, Antonio Román, Antonio Isasi-Isasmendi, Luis Lucia, Rafael Gil.

Mejores actrices: Conchita Velasco, Susana Canales, Aurora Batista, Sara Montiel, Lina Rosales, Paquita Rico.

Mejores actores: Alberto Closas, Fernando Fernán-Gómez, Tony Leblanc, Francisco Rabal, Armando Calvo, Arturo Fernández.

Mejor música: Montsalvatge, por «Distrito V»; A. Alguero, por «Las chicas de la Cruz Roja»; Manuel Parada, por «Los clarines del miedo».

Mejores argumentos: F. Fernán-Gómez, por «La vida por delante»; L. G. Berlanga y J. L. Colina, por «Familia provisional».

El Círculo Artístico de Barcelona abrió concurso de pintura bajo el tema «Catedrales de Cataluña». Dos premios de 25.000 y 10.000 pesetas otorgados.

En la Sala Toisón de Madrid hubo exposición de acuarelistas. 40 obras presentadas por los mejores acuarelistas madrileños.

Ha fallecido en Barcelona Juan Amades Gelat. Se dedicó desde su juventud al estudio de la astronomía, de la grafología, de los idiomas, que conocía muchos, especialmente el Esperanto. En 1915 empezó a dedicar su saber a la etnografía, a la historia y a las costumbres populares, llegando a ser uno de los folcloristas contemporáneos más notables.

Bajo la dirección de Bardem se va a rodar en Méjico la «Sonata de estío», de Va'le Inclán.

Rafael Casanova, coleccionista de Sitges, ha expuesto una interesante colección de libros en Madrid bajo el título significativo de «Cien años de ex-libris».

LIBROS * LIBROS * LIBROS

MESA REVUELTA

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA



Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^o), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

LITERATURA FRANCESA

Libros a 280 francos:
Edmond About. — «Le roman d'un brave homme».
Edmond About. — «L'Homme à l'oreille cassée».
A. Achard. — «Les coups d'épée de M. de la Guerche».
Amédée Achard. — «La fiancée de M. la Guerche».
A. Achard. — «Les chevauchées de M. de la Guerche».
G. Acremant. — «Ces dames aux chapeaux verts».
Jean d'Agraives. — «La gloire sous les voiles».
Jean d'Agraives. — «L'encre sous les ailes».
Jean d'Agraives. — «Vent débout».
L. M. Alcott et P.-J. Stahl. — «Rose et ses sept cousins».
Mabel Allan. — «Les vacances de Cécile».
André Allemand. — «Parachutiste d'essais».
Francis Ambrière. — «Les grandes vacances».
Honoré de Balzac. — «Eugénie Grandet».
Georges Bayard. — «Michel mène l'enquête».
Georges Bayard. — «Nicolás Pan».
Anne-Eric Beauchamps. — «Nicolás Pan».
Georges Bayard. — «Michel et la fa'aise mystérieuse».
Eric de Bisschop. — «Kaimiloo».
Alain Bombard. — «Naufragé volontaire».
Paul-Jacques Bonzon. — «L'éventail de Séville».
Henri de Bordeaux. — «Capital-ne de Bournazel».
Léonce Bourliaguet. — «La maison qui chante».
Léonce Bourliaguet. — «La villa des grillons».
Léonce Bourliaguet. — «Le moulin de Catuclade».
Charlotte Brontë. — «Jane Eyre».
Bulwer-Lytton. — «Les derniers jours de Pompée».
Albéric Cahuet. — «Pontcarral».
Victor Canning. — «Le secret de la Panthère».
Général de Chambrun. — «Brazza».
Joseph Conrad. — «Le frère de la Côte».
Fenimore Cooper. — «Le dernier des mohicans».

J.-Y. Cousteau et F. Dumas. — «Le monde du silence».
Frank Crisp. — «L'archer fantastique».
A. J. Cronin. — «Les clés du royaume».
Maria Cummins. — «L'allumeur de réverbères».
Eve Curie. — «Madame Curie».
James Oliver Curwood. — «Bari chien-loup».
James Oliver Curwood. — «La vallée du silence».

Pedidos a Roque LLOP

24, rue Ste-Marthe
Paris (X^o)

CCP 1350756, Paris

RECIENTE APARECIDO

El libro de Pedro Vallina:

CRONICA DE UN REVOLUCIONARIO

(Con trazos de la vida de F. Salvochea)

136 páginas de texto, 280 francos.

Es el primer volumen de «Cuadernos Populares».



PAMELA MOORE, 17 años, autora ya célebre del *best seller* «Chocolat for breakfast», pasó unos días en París y, naturalmente, visitó Saint Germain-des-Prés. Pamela se creyó en la necesidad de hacer declaraciones y ha dicho en el café existencialista «Des deux Magots»: «Nosotros, los jóvenes, pertenecemos a una generación sin porvenir; no tenemos ya nada que derribar».



Ocho gangsters que habían desvalijado un Banco en Boston, en 1950, han sido, al fin, juzgados. Su proceso ha costado 1.750.000 dólares. Ellos no habían robado más que 430.000 dólares.



El cantante Gilbert Becaut cuenta haber visto la siguiente inscripción en un gran cartel de una autopista alemana: «Aquí yace un automobilista que creía tener prioridad».



De Alec Guinness, el coronel de «El puente sobre el río Kwai»: —Desde mi éxito en esta película sólo me proponen papeles de coronel. Los productores son tan estúpidos que cuando una película resulta taquillera empiezan a rodar argumentos idénticos hasta que cansan a la gente y pierden la cámara.



El magistrado llega a su casa un poco más tarde que de costumbre. La mujer le interroga sobre su tardanza.

—Hemos tenido hoy mucho trabajo —responde él.

—¿Si? —observa la mujer.

—Sí. Hemos condenado a muerte a tres hombres.

Breve pausa. Y como la mujer no dice nada, el magistrado concluye:

—Por cierto que uno de ellos lo merecía.



Mientras vivimos, no hay muerte; cuando llega la muerte, ya no vivimos. — Epicuro.

Morir es tan sencillo y tan aceptable como nacer. — A. France.

ANGEL N. POU Y LA UNDÉCIMA GENERACIÓN CUBANA

«De ahí que las generaciones como las hojas de un árbol, estén continuamente despuntando. Sus representativos, como aquéllas, no son todos iguales. De las ramas de un árbol penden, a un mismo tiempo, millares de hojas. Algunas han alcanzado ya todo su desarrollo, han servido su finalidad específica y otras denuncian, por su pequeñez, que apenas han sido llamadas por una suprema voz para ocupar el puesto de las otras, próximas ya a obedecer los amagos del aire, ansioso de arrastrarlas a lo desconocido.»

Estas frases presentan a sus treinta años al entusiasta animador de juventud literaria que es N. Pou. Nacido en Santa Cruz del Norte el 2 de agosto de 1923, aparecen apenas adolescente sus primeros trabajos, poemas y ensayos en órganos de la capital de la República.

En 1954 dió a luz su libro de versos «Cantos de Sol y Salitre». Por esta época cooperó a la fundación de la Institución Nacional de Escritores, Poetas y Amigos del Arte. En 1955, se imprimió «Un Poema Nuevo para un Hombre Viejo» y hace poco recibimos de él dedicado con un breve mensaje de amistad, «Una Brizna en el Oleaje». Un precioso manojito lírico de 50 sonetos. Con hondo acento sensitivo y luminosa inspiración. En el flósculo de sus versos, el autor de «Cantos de Sol y Salitre», ha destacado la emoción intensa del amor sublimizado en la madre, en la esposa, en los hijos, en la novia, y en la Naturaleza.

Para leer a Pou, hay que sentirle; de su poética palestra, nacen los colores plásticos y musicales. Enigmáticos apuntes bajo el cielo antillano. Enérgico animador, influye entusiasmo a quienes le conocemos: liberal y tolerante, es como García Lorca, amigo de los poetas que sienten y llevan el arte en la sangre.

Angel N. Pou, es como Martí, un novio enamorado de la isla. Su verbo es cromático, con ocre espinoso de manigua humana, añil y verde, y rosales encendidos con «amargo grito de silencio».

En «Lírica Hispana» de Caracas nos presenta una antología de poetas modernos excluyéndose él mismo, porque Pou es animador de generaciones sin gustar él mismo de aparentar en el florilegio de los poetas que presenta en dicha revista venezolana. Los sonetos del autor de «Una Brizna en el Oleaje» son encajes preciosos de suavidad amorosa dentro mismo de la realidad, sin ser por eso el poeta ausente de sí mismo ni de los sueños de marfil. Muchos son los críticos que han escrito sobre el poeta cubano. Raúl Roa Kourinos dice en «Humanismo», México, octubre 1954: «Son muy pocos los que han impuesto la tarea de desbaratar la piedra viva, virgen todavía de la realidad natural cubana. En Angel N. Pou, hay un deliberado retorno a la tierra natal...»

El poeta que lleva el estigma de

DE «La presencia de una nueva generación cubana» transcribimos algunas frases que Angel N. Pou publicó en el periódico «Mañana» de La Habana, los días 17, 18 y 19 de octubre de 1956, y en Ediciones Renuevo 1957, con una carta del Dr. Raimundo Lazo, de la Universidad de La Habana, Facultad de Filosofía y de la Lengua Española. Hispano-Americana e Historia Letras, Cátedra de Literatura

El escritor, periodista, crítico esclarecido y limpio poeta que es Pou, sitúa la diferencia entre generaciones cronológica e histórica, generación literaria, y dice en uno de sus párrafos:

las tribulaciones históricas, trasciende del alma popular, en lo dramático, épico y lírico, su mundo sentido. Así la poesía de las últimas generaciones cubanas son las fibras sensitivas de una época como Berceo, Pedro Lope de Ayala, El marqués de Santillana, el Arcipreste de Hita, etc., que son por antonomasia la epopeya castellana

mansas o turbulentas como el mar nos lo transcriben sus historadores respectivos; pero el alma inmortal de esas multitudes desaparecidas está en la poesía porque es la raíz del pueblo y donde existe el hombre, y la naturaleza; donde hay ojos para ver y corazón para sentir, hay poesía. Los poetas son receptores de la pasión humana,



que antecede a la unión de Aragón y Castilla.

Dice Ayala:

«COBICIAN CAUALLEROS LAS GUERRAS DE CADA DIA por leuar muy grandes sueldos a leuar la quantia e fuelgan quando veen la tierra en rroberia, de ladrones e cortones que ellos llievan en compañía.»

El pasaje de las generaciones

los endecasílabos del soneto en octosílabos, duodecasílabos y alejandrinos; pero quede esta libertad para la crítica, considerando la innovación como parte original del poeta cubano. Lo esencial de su obra es el equilibrio con que está compuesta y el sabroso contenido de su inspiración. El autor de «Cantos de Sol y Salitre», hablándonos de su última obra publicada, nos dice: «Cosa de mezcolanza lírica». Pero vemos además en ella, la ternura del amor. Amor, es el arma de los titanes; el albo sentimiento del artista y la pujanza del hombre. «Una Brizna en el Oleaje» es raigambre de amor por la madre, cuando dice:

«Mi madre es la raíz, yo soy la rama de un árbol silencioso que derrama en sombra y en canción savia y dulzura.

La rama de una flor; mi madre
[vuelve mientras un sueño mío se disuelve como en medio del mar lágrima pura.]

Amor por su esposa y por sus hijos, amor por el paisaje verdiceruleo de su Cuba amada y el infinito azul de sus marinos horizontes.

Amor por la rosa que él así la describe: «llama en la nieve». Amor hasta por Judas Iscariote al que rehabilita con este feliz soneto:

«Yo te absuelvo, Iscariote, pues de [fijo, sin tu traición divina el Crucifijo no impartiría luz al universo.]»

Con esta joya lírica, valorizamos a Pou como un asceta panteísta, de bíblico polen. Cultivado, de mucha lectura digerida en su rico bagaje literario, su Dios, es creación y universo como el de Víctor Hugo y Lamartine. Angel N. Pou, vibra con sus estrofas, los colores enigmáticos de la flora y el drama del hombre. Nos hace comprender que si Judas es antinomia del bien, sin su sacrificio Cristo no hubiera sido mártir.

Nuestro poeta lleva una rebelde cantidad que nosotros, los ácratas, admiramos. Con esta magnífica fe en el bienestar de las criaturas terrestres, se sucedieron los grandes apóstoles y poetas del suelo antillano, la tierra de la zafra devoradora de músculos esclavos: Heredia, Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, el irreductible Calixto García, el apóstol José Martí, todos anuencia legendaria de abnegación y sacrificio. Angel N. Pou, es poeta de corazón generoso y viril pluma. Sus aligeros cantos son conocidos ya, a través de las olas encrespadas y altas cumbres de nuestra lengua vernácula. La límpida e insobornable pluma de Pou, es orientadora de juventud. Gen'ral pensador, inquieto del futuro, de alma noble acrisolada de acentos angustiosos; artífice de perfecciones cromáticas, nuestro querido amigo poeta cubano ubica ya en el riquísimo caudal de la literatura hispanoamericana.

VOLGA MARCOS